

**El conjunto funerario de Cueva Tino;
La Horadada;
Mave (Palencia)**

Por Gonzalo Alcalde Crespo y Regino Rincón Villa

Nuestro recuerdo al joven Clementino del Campo, muerto víctima de accidente, al encontrarse realizando la exploración de esta cavidad, a la cual y en su honor se la dio su nombre.

LOS AUTORES

Estas excavaciones han sido dirigidas por D. Miguel Angel García Guinea y la Subdirección General de Arqueología ha autorizado a la Excma. Diputación Provincial de Palencia su publicación.

SITUACION

Cueva Tino se halla situado en el lugar denominado genéricamente como la HORADADA, término municipal de Mave, al norte de la provincia de PALENCIA.

La entrada se ubica exactamente en la pared de un cañón kárstico, pudiéndose llegar a ella siguiendo una estrecha cornisa, que partiendo de la ladera más accesible del monte, flanquea casi la totalidad de los fenómenos hipogeos del paquete calizo.

La existencia de una pequeña cruz perpendicular a su boca en la base del cortado, —recuerdo del desgraciado accidente sufrido por un miembro del grupo HUMBOLT de Palencia, CLEMENTINO DEL CAMPO, en honor del cual se denominó la cavidad—, nos facilita su localización.

X = 4° 16' 10" Y = 42° 45' 18" Z = 900 Mtros. Coordenadas del Instituto Geográfico y Catastral, hoja n.º 133. Correspondiente a Prádanos de Ojeda, término de Aguilar de Campoo (Fig. 1).

HISTORIA DE LAS EXPLORACIONES

Durante el invierno de 1974, el anteriormente nombrado grupo Humbolt de Palencia, se encontraba realizando una serie de exploraciones en el macizo kárstico de la Horadada, encaminadas a un mejor conocimiento de su red subterránea. En el curso de ellas, apareció la actualmente llamada cueva Tino, proporcionando en su interior restos antropológicos de al menos dos individuos y fragmentos de cerámica. Comunicado el hallazgo a la Excm. Diputación

de Palencia y naturalmente interesada ésta por la posible riqueza del yacimiento, organizó una campaña a través del Museo Arqueológico, en orden a un estudio sistemático. En la recolección de los materiales, participó, tanto la asociación espeleológica descubridora del yacimiento, como el entonces grupo Vacceos, el cual dirigía uno de los autores que colabora con la Dirección del Museo en la exploración del Patrimonio Artístico provincial. Finalizado el tiempo previsto para la consecución de los trabajos y no agotados las posibilidades arqueológicas de la cueva, se solicitó la colaboración del Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander, a efectos de la cual, surgió una nueva campaña conjunta entre ambas entidades durante el mes de Abril de 1976, campaña, que más bien se destinó a concretar ciertas interrogantes nacidas durante las anteriores prospecciones, así como a la búsqueda de nuevos niveles inferiores, con objeto de hallar alguna secuencia estratigráfica.

El presente trabajo es pues como puede entreverse en las anteriores líneas, fruto de una labor de equipo, gracias a la cual ha podido efectuarse esta primera campaña sobre la Edad del Bronce en la provincia de Palencia.

Nuestro más profundo agradecimiento a los grupos espeleológicos y la Excm. Diputación de Palencia, que subvencionó la expedición, así como a la Directora del Museo Arqueológico Provincial Dña. María Valentina Calleja. Así mismo agradecemos la colaboración desinteresada de nuestros compañeros: D. Juan García y don Javier Guardo en los trabajos de campo.

DESCRIPCION GEOMORFOLOGICA

La Horadada es el típico ejemplo de karstificación evolutiva, con claros representantes de todas las formas clásicas tanto internas como externas y cuyo ciclo de formación no parece presentar a priori graves problemas.

Dejando a un lado los sujetos de morfología externa, dada, la finalidad estrictamente arqueológica de estos apuntes, podemos certificar la presencia de una anterior etapa freática generadora de los fenómenos hipogeos colgados en ambas paredes del cañón, etapa abandonada merced a un descanso del nivel de base que daría lugar a la actual red freática "viva" y permitiría las posteriores fases de cegamiento en las cavernas altas.

La directriz actual del nivel de base local, centrado en el río Pisuerga, sería consecuencia obligada de la existencia de una falla auxiliada por la red de fenómenos tectónicos secundarios, cuya presencia pudiera quedar testificada en los numerosos "espejos" de las márgenes del cañón, así como las diferencias de buzamiento de un paquete calizo a otro, presentes en las soluciones de continuidad. A pesar de estos buzamientos nombrados, la tónica general de karst es de mesa, pues al no superarse las inclinaciones de los 12°, a simple vista la horizontalidad es la tendencia dominante. (Fig. 3).

En cuanto a los hipogeos, en todo lo observado en nuestras visitas, se aprecia una cierta monotonía geomorfológica, retirándose las secciones elípticas en las entradas y zonas más afectadas por el clasticismo, éste se presenta en grandes bloques pero más corrientemente en forma de lajas. Las galerías en profundidad conservan mejor las huellas de fases erosivas, tales como tubos a presión (testigos freáticos).

Litogénicamente, carecen los conjuntos hipogeos de espectacularidad, tan solo una de las coladas observadas parece continuar en actividad, prolongándose en sus estribaciones en pequeños "gours" de vulgares cristalizaciones.

DESCRIPCION DE LA CAVIDAD

Con objeto de facilitar una mejor reconstrucción descriptiva de la disposición original del subterráneo, ofrecemos una somera relación morfológica de sus galerías, siguiendo un orden progresivo desde su entrada más viable, al fondo de la cavidad.

Como hemos dicho anteriormente, el acceso a los conductos se realiza a través de una boca, fácil de alcanzar a partir de la cima superior del páramo más cercano a Mave. Esta entrada, semicegada por recubrimientos litogénicos y sedimento térreo, estrecha y fuertemente ascendente, da paso a una pequeña salita que girando bruscamente repite la disminución de las dimensiones anteriores, pero prolongándose en esta ocasión en una gatera de cómodo forzamiento, que parece ser el resultado de la colmatación sedimentaria y clástica de una pretérita gran galería común al resto del conjunto.

De forma esporádica recogemos ya aquí los primeros vestigios prehistóricos, aunque su escaso número nos inclina a atribuirles a

posibles remociones modernas en las áreas más ricas del yacimiento y la pérdida posterior de algún fragmento durante su incómoda extracción por el estrecho conducto.

En algunos tramos en que la sedimentación no ha resultado tan potente, la galería muestra en sección un cierto alargamiento aprovechando la mínima resistencia de los planos de estratificación, apreciándose en estos puntos numerosos ejemplos de caudal y algún climático en bandera u oreja, así como, trozos de colada fragmentados seguramente por soliflucción del sedimento sustentador. (Ver levantamiento topográfico, sección K K').

Finalizada la travesía de la gatera, nace un nuevo trazado merced a la intersección de una de las diaclasas sobre las que se instala el grupo, aumenatndo considerablemente la sección y tornándose el suelo en una rampa ascendente cubierta de lajas y sumamente resbaladiza, debido a que en épocas de precipitación pluviosa, se recogen aquí pequeños caudales de escorrentía.

Fijamos como final de este trayecto la segunda entrada a la cueva, a efectos de la separación por áreas delimitadas de los hallazgos arqueológicos y nominaremos ambas partes descritas como 1.ª BOCA y 2.ª BOCA (ver levantamiento topográfico, sección J J'), ambas sin gran interés arqueológico.

Aún siendo factible el acceso a la tercera y última de las entradas por el exterior del monte, resulta más cómodo y seguro el realizarlo a través de un estrecho paso a la derecha de la segunda de las bocas descritas anteriormente. Traspasado este pasillo nos encontramos con el terreno del yacimiento propiamente dicho, el cual, tanto por la cuantía de los hallazgos como por la propia división morfológica natural que marca la cueva, lo hemos dividido en tres partes, a saber: 3.ª BOCA, Galería I y Galería II (ver levantamiento topográfico). (Fig. 2).

3.ª BOCA

Es ésta la más amplia y apropiada al hábitat de las descritas, aunque casi en sus dos terceras partes se ve ocupada por un gran bloque calizo, depositado por desprendimiento clástico del techo y que sirve de magnífica referencia para dividir las galerías I y II, en las que finaliza el desarrollo espeleométrico del subterráneo (ver levantamiento topográfico, sección G. G').

GALERIA I

De nuevo un exiguo paso no conduce a otras zonas de la cavidad, en este caso a través de un cono de derrubios integrado en su mayor parte por grandes acumulaciones de lajas, cuyo avance al fondo se ve interrumpido por una antigua marmita (ver levantamiento topográfico, sección F F'). Rebasada ésta, la galería pierde su inclinación descendente y se torna cómoda de seguir. En su final, la intersección de varias diaclasas ha creado un punto de mínima resistencia estable y provocado la caída de grandes bloques, formándose una pequeña salita cuyas estribaciones se ciegan en coladas y sedimento areno-arcilloso propio de un régimen laminar (Sección A A', B B', C C', D D', E E').

GALERIA II

No varía sensiblemente el trazado de esta galería con las del resto, repitiéndose el monótono tipo de suelo accidentado por lajas y relleno por sedimentos areno-arcillosos. A los pocos metros, se ciega por una colada hoy seca y sin mayor relieve.

EL YACIMIENTO

Aunque posteriormente, —y a tenor de nuestro precedente apartado descriptivo—, dividiremos el conjunto de los hallazgos en orden de situación planimétrica. Por el momento, vamos a intentar ofrecer una exégesis de todo lo encontrado y las circunstancias concurrentes a su aparición, de forma tal, que una vez más dejemos bien aclarada la posición original de los restos y sus preferencias de localización conforme a las diferentes secuencias culturales, dentro del desarrollo espeleométrico. Aunque en la totalidad de lo inventariado no existen datos auténticamente fidedignos de situación, etc., el carácter sencillo de la estratigrafía nos ha permitido en esta última campaña, fijar de forma más o menos precisa, ya que no una exacta ubicación de los materiales recolectados en los primeros años de prospecciones, al menos la indiscutible atribución a la fase arqueológica a la que pertenecen.

En el cómputo total de la cueva se delimitan dos zonas bien diferenciadas culturalmente: Externa e Interna.

Los lugares más próximos a la superficie, recogen testigos de posteriores visitas a la cavidad a lo largo de tiempos históricos, visitas que no llegan a alterar en modo alguno los estratos prehistóricos, centrados más al interior de la caverna.

Tan solo en la galería II y limitados al área de entrada ocupada por el cono de derrubios, pudieron ser extraídos fragmentos de cerámica de la más variada fechación y procedencia, pues en este punto, la fuerte pendiente del suelo favorece la entrada de detritus alóctonos que en un principio hubiesen quedado depositados en la boca.

El yacimiento como tal queda concretamente situado en las galerías interiores, sin que hasta el momento podamos asegurar su prolongación al exterior.

Las tierras en general, a lo largo de los primeros centímetros excavados, se encuentran sumamente sueltas, por lo que ciertos restos modernos aparecen por intrusión dentro de lo que hemos dado en llamar Nivel I, sin que en ningún caso superen los cinco o seis centímetros en profundidad.

Las capas siguen un trazo bastante regular, ajustándose a la base sedimentaria original del hipogeo y es notable la dispersión y fragmentación de los restos aun en las parcelas más protegidas. Parece repetirse la tantas veces nombrada en muchos trabajos, "pre-disposición de asentamiento lateral", sin que podamos fijar preferencia alguna por uno u otro lado, ni obra de remociones posteriores con objeto de dar cabida a nuevos cadáveres, ya que en algunos puntos centrales los huesos llegaban a desaparecer.

En toda la cavidad, tras el nivel fértil y al menos geológicamente similar, se repetía una capa de tierras rojizas de carácter sedimentario, acompañada en puntos favorables por colada estalagmítica y lajas. A continuación establecemos las áreas de excavación con sus correspondientes series estratigráficas y la relación de sus diferentes pormenores.

ENTRADA I

Arcillas terrosas de fuerte coloración rojiza en pendiente al exterior. Arqueológicamente estéril, se prolonga en profundidad sin variaciones ostensibles.

GATERA DE ACCESO

Numerosas lajas autóctonas de descompresión lateral, arenas de decalcificación y sedimentación laminar, fragmentos de colada y restos estalagmíticos. Algún hueso de animal poco patinado, casi siempre cáprido y canido. No se ha continuado en profundidad por haberse considerado estéril. Un fragmento de cerámica cuya aparición en esta galería posiblemente sea debido a su transporte a través de ella.

ENTRADA II

En superficie, lajas autóctonas y algún bloque, restos estalagmíticos. En profundidad, arcillas terrosas pardo rojizas estériles. Mezclado con las lajas, se hallaron numerosos fragmentos de cerámica, en su mayor parte históricas.

ENTRADA III

Nivel de arcillas amarillentas con algún resto óseo y fragmentos de cerámica en su mayor parte de procedencia histórica.

GALERIA I (Cono de Derrublos) (Fig. 4)

Lajas calizas de descompresión lateral y clásticas, restos modernos y cenizas. En profundidad, parecen desaparecer paulatinamente las lajas y comienzan los hallazgos prehistóricos; posteriormente, niveles sedimentarios naturales estériles.

SALA DE LAS INCINERACIONES (Final del Cono)

Tierras pardo rojizas con numerosas cenizas y huesos calcinados o no. En profundidad, se repiten los niveles naturales del Cono.

SALA DEL HACHA

Se repite la estratigrafía anterior con algún bloque calizo en superficie, y restos de colada estalagmítica.

GALERIA II

Lajas y bloques con fragmentos de cerámica. En profundidad, tierras sedimentarias estériles.

INVENTARIO CAMPAÑA 1976

Gatera de Acceso

C. T. (Sin numerar)

Un fragmento de cerámica negra uniforme, lustrosa por patinado en ambas caras aunque de más cuidada factura la exterior. Posee una decoración incisa efectuada posteriormente a la cocción o con la pasta semiseca, utilizando un objeto punzante. El dibujo lo componen semicírculos de pequeños zig-zag o dientes de lobo a manera de mellas, cerrados por una línea de idéntica composición. (Lámina 2).

CONO DE DERRUBIOS

C. T. 1.—Dos fragmentos de borde ligeramente vuelto, arista al exterior de sección semicircular, bien conservados, exterior engobado con barro gris, patinado lustroso, quizás pulimentado, interior negro. (Fig. 4).

C. T. 2.—Un fragmento de borde vuelto al exterior, bien conservado, exterior engobado en barro gris con áreas rosadas, patinado lustroso pulimentado interior de barro negro, desgrasantes escasos. (Fig. 4).

C. T. 3.—Un fragmento de borde vuelto al exterior, engobado en barro gris oscuro con patinado lustroso pulimentado, interior rosado desgrasantes escasos. (Fig. 4).

C. T. 4.—Un fragmento de borde ligeramente vuelto al exterior bien conservado, engobe en barro marrón oscuro o rojizo según zonas, patinado lustroso pulimentado, interior negro, desgrasantes cálcicos gruesos y abundantes.

C. T. 5.—Un fragmento de borde casi recto, bien conservado, engobe exterior de barro gris claro, quizás espatulado, desgrasantes escasos y gruesos. (Fig. 4).

C. T. 6.—Dos fragmentos de cuello vuelto al exterior, en cerámica negra basta, con desgrasantes escasos, la arista del borde se ve decorada con impresiones. (Fig. 4).

C. T. 7.—Un fragmento de cuello casi recto, borde extremadamente fino, color uniforme gris claro, desgrasantes calizos. Hacia la base se inicia una carena bien marcada.

C. T. 8.—Un fragmento de borde casi recto, con desgrasantes escasos, color grisáceo en ambas caras.

C. T. 9.—Un fragmento de borde recto, desgrasantes escasos, color marrón rojizo.

C. T. 10.—Un fragmento de borde vuelto, acampanado, desgrasantes cálcicos color rojizo.

C. T. 11.—Un fragmento de borde recto y extremadamente fino, quizá con una ligera tendencia hacia el interior, color negro uniforme, desgrasantes calizos gruesos y abundantes.

C. T. 12.—Un fragmento de borde recto, espatulado, quizás algo vuelto al interior color uniforme rojizo.

C. T. 13.—Un fragmento de cuello recto, negro espatulado y bruñido, desgrasantes escasos.

C. T. 14.—Un fragmento de borde recto, espatulado y bruñido, negro uniforme.

C. T. 15.—Un fragmento de borde vuelto acampanado, color negro uniforme, patinado y bruñido, sin desgrasantes.

C. T. 16.—Un fragmento de borde idéntico en características al C. T. 13 pero pertenecientes a una vasija más gruesa y de mayor tamaño. (Fig. 4).

C. T. 17.—Un fragmento de cuello carenado, borde vuelto, color negro uniforme, espatulado y bruñido. (Fig. 4, Lámina 2).

C. T. 18.—Un fragmento de cuello recto. color negro uniforme por ambas caras espatulado y bruñido, desgrasantes calizos muy gruesos.

C. T. 19.—Un fragmento de cuello similar al C. T. 11, aunque con menos desgrasantes y ligeramente más claro. (Fig. 4).

C. T. 20.—Un fragmento de cuello vuelto acampanado, color marrón claro uniforme, desgrasantes finos escasos. (Fig. 5).

C. T. 21.—Un fragmento de borde similar al C. T. 18 y quizás pertenecientes a la misma vasija.

C. T. 22.—Un fragmento de cuello vuelto al exterior de una gran vasija, está decorado su borde por surcos incisivos perpendiculares color crema o rojizo común a ambas caras, desgrasantes calizos de gran tamaño. (Fig. 5, Lámina 2).

C. T. 23.—Un fragmento de cuello cuyo borde se insinúa ligeramente vuelto al exterior, aunque en la actualidad no se conserva, cercano a él, muestra un asa de mamelón alargado, el color, rosáceo, es común a ambas caras. (Lámina 3, N.º 23).

C. T. 23 a.—Un fragmento de cuello, borde vuelto al exterior decorado con incisiones perpendiculares, en general es sumamente parecido en características al siglado como C. T. 23, debiendo pertenecer al mismo vaso. (Fig. 5).

C. T. 24.—Un fragmento de borde decorado por incisiones elipsoidales y en diagonal, color marrón oscuro uniforme, desgrasantes micáceos finos y escasos. (Fig. 5).

C. T. 25.—Un fragmento de cuello borde recto, posiblemente pertenece a un pequeño cuenco de fondo esférico, espatulado y bruñido por ambas caras, color negro uniforme. Presenta una decoración a todo lo largo del perímetro del borde a base de incisiones

diagonales y paralelas a las que sigue una cenefa de dientes de lobo. (Fig. 5, Lámina 3).

C. T. 26.—Un fragmento de cuello, borde recto decorado con impresiones de hoyuelos, cercano a éste, un pequeño tetón a modo de rudimentaria asa impresionado a su vez por un hoyuelo. (Fig. 5, Lámina 3).

C. T. 27.—Una pequeña vasija casi completa, fondo plano, cuello de borde ligeramente vuelto impresionado por hoyuelos. (Fig. 5, Lámina 3).

C. T. 27 a.—Un fragmento de fondo plano, espatulado, color siena claro uniforme, desgrasantes escasos. (Fig. 5).

C. T. 28.—Un gran fragmento de un cuello, borde vuelto con decoración de una fila de dientes de lobo en su cara interna, a lo largo de la periferia exterior, cuatro líneas paralelas incisivas manufacturadas con raya punto, clásico boquique, enmarcando otra serie de siete dispuestos en ondas hacia el fondo y vértices mirando al cuello; tras estas últimas descritas, se repite el festoneado de la periferia del borde. Cerámica espatulada y bruñida, fina, muy trabajada y con desgrasantes escasos. (Fig. 6, Lámina 4).

C. T. 28 a.—Fragmento del área de la panza de la misma vasija anteriormente descrita, conserva de la decoración cuatro líneas de técnica raya punto, clásico boquique.

C. T. 28 b.—Mitad de un pequeño cuenco de fondo esférico y siglado con el mismo número por haber sido hallado junto a los anteriores fragmentos. Color negro uniforme, espatulado y bruñido, desgrasantes escasos. (Fig. 6, Lámina 5).

C. T. 29.—Un fragmento ¿área de la panza?, del recipiente siglado como C. T. 28, se repiten las mismas decoraciones a boquique descritas pero aquí atravesadas por un agujero de suspensión seguramente efectuado con la pasta ya seca. (Fig. 6, Lámina 5).

C. T. 30.—Un fragmento de cerámica seguramente del área de la panza, espatulado, sin huellas visibles de desgrasantes, color ne-

gro uniforme aclarando al exterior, tanto en una cara como en otra, posee una decoración incisa de dientes de lobo, seguramente realizados después de la cocción, la base del modo decorativo se remata en onda. (Lámina 5).

C. T. 31.—Un fragmento de cerámica del área de la panza más cercano al cuello, de una vasija cuya originalidad no parece clara. Color negro uniforme aclarando al exterior, presenta una decoración de verdugones impresionados con hoyuelos y agrupados.

C. T. 32.—Un fragmento similar al anterior pero en el que solamente puede apreciarse una sola línea de verdugón. (Lámina 5).

C. T. 33.—Cuatro fragmentos de cerámica carenada, espatulada y bruñida, color de siena a rojizo según el grado de cocción, interior negro, no posee desgrasantes visibles. Verticalmente y a guisa de decoración lo cruzan verdugones de sección rectangular y hechura cuidadosa. (Fig. 6, Lámina 5).

C. T. 34.—Un fragmento de cerámica similar al C. T. 31 y 32, algo más claro, quizás de la misma vasija pero con diferente grado de oxidación. (Fig. 7, Lámina 6).

C. T. 35.—Un fragmento similar a los anteriores, pero en este caso con el verdugón apenas iniciado en sección triangular y de factura aún más descuidada. (Lámina 6).

C. T. 36.—Idem con el verdugón apenas visible. (Fig. 7).

C. T. 37.—Un fragmento de cerámica lisa, fina y espatulada, desgrasantes cálcicos escasos que en ocasiones afloran al exterior. En la cara interna parecen verse huellas de cestería. (Fig. 7, Lámina 6).

C. T. 38.—Un fragmento que también posee huellas de cestería en su interior, pero perteneciente en este caso a una gran vasija de paredes gruesas y sin desgrasantes visibles. Fig. 7, Lámina 6).

C. T. 39.—Un fragmento de cerámica negra uniforme, sin desgrasantes, posee un pitón circular fuertemente resaltado. (Fig. 7, Lámina 6).

C. T. 40.—Un fragmento de fondo plano, en perfil la vasija a que pertenece parece poseer una fuerte inclinación de paredes abriéndose al exterior, desgrasantes cálcicos escasos, negra la interior y parda en su cara externa.

C. T. 41.—Un fragmento de fondo plano perteneciente a una vasija con decoración plástica a dedadas, desgrasantes cálcicos escasos, negra al interior y roja por su cara exterior.

C. T. 42.—Un fragmento de fondo plano perteneciente a una vasija de paredes más rectas que las anteriores descritas, desgrasantes cálcicos escasos, negra al interior y gris clara en su cara externa.

C. T. 43.—Tres fragmentos de fondo plano y grueso, en uno de ellos se conserva parte de la pared abierta al exterior, se reconocen huellas de cestería.

C. T. 44.—Un fragmento de fondo plano perteneciente a una vasija decorada con impresiones unguiculares (dedadas o pellizcos). (Fig. 7, Lámina 6).

C. T. 45.—Un fragmento de fondo plano, perteneciente a una vasija de paredes finas, espatulada y bruñida, sin desgrasantes, la panza se abre marcadamente al exterior (Fig. 7).

C. T. 46.—Fragmento similar al anterior aunque de coloración algo más claro, quizás pertenezca a la misma vasija y la diferencia de tonalidad sea consecuencia del grado de cocción. (Fig. 7).

T. T. 47.—Dos fragmentos de cuello y fondo plano respectivamente de un cuenco ovoideo abierto, borde recto, cerámica muy basta con desgrasantes cálcicos sumamente gruesos.

C. T. 48.—Trece fragmentos de cerámica decorada a impresiones de dedadas sobre la pasta aún fresca. En ocasiones la decoración se entrecruza a manera de enrejado.

C. T. 49.—Treinta y ocho fragmentos de cerámica correspondientes a la vasija descrita en el C. T. 47.

C. T. 50.—Treinta y nueve fragmentos de cerámica como los descritos en el C. T. 47 y C. T. 49, pero estos en mayor tamaño y paredes algo más gruesas.

C. T. 51.—Cincuenta y cinco fragmentos de cerámica espatulada y bruñida, exterior pardo, interior siena, parecen pertenecer a más de una vasija.

C. T. 52.—Dieciocho fragmentos de cerámica rojiza, mal conservada, desgrasantes gruesos y escasos, parecen pertenecer a vasijas de paredes finas.

C. T. 53.—Veintitrés fragmentos de cerámica inclasificables.

C. T. 54.—Seis fragmentos de cerámica rojiza, espatulada, fina y desgrasantes escasos.

C. T. 55.—Quince fragmentos de cerámica fina negra, espatulada y bruñida, desgrasantes escasos o nulos.

PIEDRA

C. T. 56.—Un canto rodado de cuarcita facetado en uno de sus extremos, posible moleta o percutor. (Fig. 8).

C. T. 57.—Un canto de cuarcita partido, quizá núcleo. (Fig. 8).

HUESO

C. T. 58.—Un punzón sobre hueso de caña partido parcialmente. (Fig. 8, Lámina 7).

C. T. 59.—Un punzón sobre hueso que conserva intacta la articulación, habiendo sido aguzado uno de los extremos. (Fig. 8, Lámina 7).

SUPERFICIE DEL CONO DE DERRUBIOS 1976

CERAMICA

C. T. 60.—Fragmento de un plato de terra sigillata con estrías de torneado a modo decorativo. (Fig. 9, Lámina 8).

C. T. 61.—Fragmento de un borde en terra sigillata clara y muy mal estado de conservación.

SALA DE LAS INCINERACIONES 1976

PIEDRA

C. T. 62.—Un núcleo de cuarcita.

C. T. 63.—Un canto rodado de cuarcita.

C. T. 64.—Un canto rodado de cuarcita con huellas de haber sido utilizado como percutor. (Fig. 9).

CERAMICA

C. T. 65.—Dos fragmentos de cuello de un cuenquito ovoideo abierto. (Fig. 9).

C. T. 66.—Un fragmento de carena.

HUESO

C. T. 67.—Una plaqueta de hueso cortada en óvalo y en la actualidad rota, el hueso muestra huellas de fuego en toda su superficie.

OBJETOS DE ADORNO

C. T. 68 a C. T. 72.—Cinco Nassas Reticulares perforadas por abrasión. Lám. 8, Fig. 9).

METAL

C. T. 73.—Un pequeño punzón de doble sección, rectangular y cilíndrica apuntada (Lámina 8).

CALICATA ENTRE EL CONO DE DERRUBIOS Y LA SALA DE INCINERACIONES.

EXCAVACIONES DE 1974.

INVENTARIO

C. T. 74.—Una gran vasija ovoidea de fondo plano, cuello vuelto con decoración incisa en el mismo borde, compuesta de líneas paralelas entre si y perpendiculares al borde. Alrededor de la base del cuello, circunvalan el cacharro grandes pezones circulares. Cerámica tosca, color rojizo uniforme y desgrasantes finos. (Fig. 10, Lámina 8).

C. T. 75.—Un fragmento de cuello B. U. ext. con incisiones paralelas diagonales al borde, en la base del cuello, una oreja de presión a modo de asa. Color gris uniforme, desgrasantes cálcicos gruesos. (Fig. 10).

C. T. 76.—Fragmento de cuello y panza de un cuenco de carena alta, espatulado, presenta una decoración de verdugones verticales de cuidadosa factura y sección rectangular, le acompaña un fragmento de fondo plano posiblemente perteneciente a la misma vasija.

C. T. 77.—Fragmento de cuello carenado alto, borde ligeramente vuelto, en cerámica negra, espatulada y bruñida, sin desgrasantes.

C. T. 78.—Un fragmento de fondo plano, cerámica lisa, rojinegra, con desgrasantes cálcicos. Otros nueve fragmentos correspondientes al área de la panza.

C. T. 79.—Un fondo plano y fragmentos del área de la panza de una vasija con decoración plástica de dedadas, desgrasantes cálcicos gruesos.

C. T. 80.—Una gran vasija, fondo plano, borde vuelto al exterior perfil general ovoideo cerrado, cerámica gris a roja según áreas. (Lámina 9).

C. T. 80 a.—Un fragmento decorado con verdugones múltiples, impresionados por hoyuelos, color negro, son desgrasantes a la vista. (Fig. 11).

C. T. 81.—Fragmentos varios de muy difícil clasificación.

C. T. 82.—Fragmentos de un plato grueso de terra sigillata, similar al C. T. 60. (Fig. 11).

C. T. 83.—Dos fragmentos de vasijas rojas a torno.

PIEDRA

C. T. 84.—Un fragmento de posible alisador.

HUESO

C. T. 85.—Un fragmento de cráneo humano con incisiones cortantes paralelas. (Lámina 10).

C. T. 86.—Diversos restos humanos incinerados.

SALA DEL HACHA

C. T. 87.—Un fragmento de cuello de borde vuelto, acompañado de un fragmento de fondo plano de la misma vasija pero sin posible reconstrucción en la actualidad. El borde está decorado por impresiones de hoyuelos. (Fig. 11, Lámina 10).

C. T. 88.—Diversos fragmentos entre los que se incluye parte del cuello de borde vuelto, correspondientes a una vasija ovoide y posible fondo plano. El borde, se ve decorado por impresiones de hoyuelos y uñadas. Espatulado, color negro uniforme. (Fig. 11, Lámina 10).

C. T. 89.—Un fragmento de cuello y carena media de un cacharro fino espatulado y bruñido. (Fig. 11, Lámina 11).

C. T. 90.—Un fragmento de cuello, borde vuelto, espatulado. (Fig. 12).

C. T. 91.—Diversos fragmentos del cuello de una vasija ovoidea, carena alta poco insinuada y borde vuelto decorado con impresiones de hoyuelos.

C. T. 92.—Un fragmento del área de la panza surcado por verdugón impresionado a hoyuelos y de sección triangular. (Fig. 12).

C. T. 93.—Un fragmento decorado por líneas apuntilladas a modo de Boquique, seguramente de la misma vasija aparecida en el cono de derrubios.

C. T. 94.—Once fragmentos de cerámica tosca con desgrasantes calizos gruesos.

C. T. 95.—Diversos fragmentos inidentificables y de difícil atribución a un determinado cacharro.

ENTRADA MEDIA (1974)

C. T. 96.—Un fragmento de borde ligeramente vuelto de una gran vasija, color gris uniforme, en su arista, decoración de impresiones de hoyuelos y uñadas. (Fig. 12, Lámina II).

C. T. 97.—Un fragmento de cuello, borde recto, espatulado y bruñido, color negro, desgrasantes finos y escasos.

C. T. 98.—Un fragmento de cuello, borde recto ligeramente entrante, espatulado, bruñido, sin desgrasantes. (Fig. 12).

C. T. 99.—Idem. recto, sección rectangular.

C. T. 100.—Fragmento de cuello, borde recto, posiblemente de una vasija ovoidea, negra al interior y marrón en su cara externa, desgrasantes gruesos y escasos.

C. T. 101.—Fragmento de cuello similar en características al anterior, pero perteneciente a una vasija de menor tamaño, negra, espatulada y bruñida.

C. T. 102.—Fragmento de cuello vuelto, espatulado y bruñido, la periferia del borde presenta una decoración incisa realizada después de la cocción. El dibujo se extiende tanto por el interior como por la cara externa del cacharro, integrándolo dos y una hilera de dientes de lobo respectivamente. (Fig. 12, Lámina 11).

C. T. 103.—Fragmento de cuello con una carena alta fuertemente marcada, espatulado y bruñido. En uno de los lados y cercano al borde se insinúa un antiguo agujero de suspensión seguramente efectuado con la vasija ya cocida. (Lámina 11, Fig. 12).

C. T. 104.—Fragmento de fondo plano de una vasija con las paredes fuertemente abiertas al exterior, tonos rojizos, desgrasantes cálcicos y micáceos. (Fig. 12).

C. T. 105.—Diversos fragmentos de una vasija espatulada y bruñida, desgrasantes cálcicos gruesos y restos de mica muy finos. Uno de los trozos conserva el inicio de una asa de sección circular.

C. T. 106.—Fragmento cercano al cuello (¿vuelto?), decorado con verdugón impresionado a hoyuelos, espatulado, rojinegro, desgrasantes escasos. (Fig. 13).

C. T. 107.—Fragmento de borde recto con decorado inciso después de la cocción, el dibujo lo forman dientes de lobo superpuestos en el área colindante a la arista del borde. Los enmarca una línea a su vez formada por pequeños dientes de lobo. (Fig. 13).

C. T. 108.—Fragmentos con decoración plástica a dedadas. (Fig. 13, Lámina 12).

C. T. 109.—Fragmento de cuello vuelto al exterior, acampanado, de una vasija de tendencia globular, pastas claras a torno. (Figura 13, Lámina 12).

C. T. 110.—Fragmento de cuello vuelto al exterior de una vasija de tendencia globular, en el mismo borde parece iniciarse un asa de puente, fina y rectangular. Está pintado a punta de pincel con colores vinosos. (Fig. 13).

C. T. 111.—Idem. de una vasija algo más pequeña e idéntico tipo de decoración (Fig. 13, Lámina 12).

C. T. 112.—Idem. de un cacharro similar a los anteriores (Fig. 13, Lámina 12).

C. T. 113.—Dos fragmentos de carena fuertemente insinuada, a torno, tramos de decoración color vinosos a manera de enrejado. (Fig. 13, Lámina 12).

C. T. 114.—Fragmento de carena a torno, cercano a un cuello que se insinúa vuelto. (Lámina 13).

C. T. 115.—Fragmento de carena a torno.

C. T. 116.—Dos fragmentos de una vasija torneada pero de peor factura que los anteriores siglados.

C. T. 117.—Un fragmento de fondo plano, estriado, torneado fino claramente visible en toda la cara interna. (Lámina 13).

C. T. 118.—Dos fragmentos de una vasija a torno, Terra sigillata, decoración en relieve de líneas paralelas, convergentes a ellas las suceden otras de trazado oblicuo. (Fig. 14, Lámina 13).

C. T. 119.—Fragmento de cerámica (¿Ibérica?), la decoración parece estar formada por sucesivos círculos concéntricos.

C. T. 120.—Fragmento de terra sigillata decorada, quizá en círculos y líneas paralelas, muy mal estado de conservación.

C. T. 121.—Fragmento de fondo plano de terra sigillata con la impronta de un sello en círculo simple. (Fig. 14).

C. T. 122.—Un fragmento de terra sigillata decorada con línea y círculo de espigas. (Fig. 14, Lámina 13).

C. T. 123.—Diversos fragmentos inidentificables.

C. T. 124.—Diversos fragmentos inclasificables, seguramente de fechación medieval.

METAL

C. T. 125.—Una escarpia o clavo de hierro, sección rectangular. (Lámina 13).

ENTRADA II

C. T. 126.—Un fondo plano de paredes rectas, negro uniforme, desgrasantes gruesos. (Lámina 13, Fig. 14).

C. T. 127.—Diversos fragmentos inclasificables.

ESTUDIO TIPOLOGICO DE LOS MATERIALES

Durante varios años, en nuestro intento de sistematización de la Edad del Bronce en la provincia de Santander, hemos venido buscando con profundo interés las fuentes de enlace cultural entre nuestros pobladores epipaleolíticos con sus coetáneos del resto de la Península Ibérica. Los condicionamientos geográficos que el área de extensión de los yacimientos nos ofrecía, conducían de manera indefectible, a dos primordiales accesos o uniformes factibles y cómodos de estos pueblos con los circundantes; por un lado, las penetraciones del grupo vasco más septentrional, denominado por Apellaniz "de Santimaniñe" (José María Apellaniz: El grupo de Santimaniñe durante la Prehistoria con cerámica. *Munibe* 2-4, 1973), al que el autor entre otras, le supone una relativa influencia Pirenaica. Y por otro lado, la poco firme, hasta la fecha, concomitancia de aportaciones Sureñas y Mediterráneas, que incidirán en nuestros actuales límites provinciales siguiendo el curso del Río Ebro.

Habiendo quedado cortados nuestros hallazgos hacia el Sur de la provincia de Santander en la cueva de Suano (J. Carballo: La cueva de Suano, Altamira...), necesitamos nuevos descubrimientos en el área Norte de Palencia, que confirmasen o desmintiesen la aproximación de unas culturas a otras.

El estudio de las Cuevas de la Horadada y ribereñas del Río Pisuerga, nos decidieron a iniciar la búsqueda allí de estas raíces culturales nombradas *. Los materiales en conjunto de Cueva Tino, presentan a primera vista una cierta unidad cultural sin graves desa-

* Ver "La Montaña Palentina —tomo I— La Lora. Gonzalo Alcalde Crespo. 1979 - Palencia. (Pervivencias Arqueológicas).

venencias al menos etnológicas entre ellos. Sin embargo, en su mayoría, abarcan una cronología de por sí lo suficientemente amplia como para no decidimos a fechaciones rígidas en ninguno de ellos.

CARACTERES GENERALES DE LOS HALLAZGOS

Entre los materiales cerámicos, debemos efectuar en principio dos divisiones, con objeto de lograr una claridad en las peculiaridades que los distinguen: **Decorados** y **Lisos**, así como un gran apartado general en cuanto a perfiles y tamaños.

En Cueva Tino, predominan las vasijas y cuencos, lisos o con escasa decoración, estableciendo esta premisa de modo cuantitativo; sin embargo, unitariamente por recipientes, dando de lado la ingente cantidad de fragmentos, casi todos ellos presentan dibujos o formas que permien disinguirlos del resto.

Las decoraciones

Ante todo, se puede hablar de una supremacía total de los dibujos plásticos sobre los incisos, expresados los primeros en **verdugones** de sección triangular, semicircular y rectangular por orden de abundancia, —excepto en un caso—, todos ellos con incisiones de **añadas** u hoyuelos. Como norma común, estos verdugones aparecen en banda singular o plural en el área cercana al cuello y comienzo de la panza, habiéndose observado en algún caso que lleguen a agruparse estableciendo dibujos combinados. (C. T. 802, Lám. 11).

Los bordes, también aparecen normalmente surcados por hoyuelos o incisiones, bien efectuadas con el dedo o con un instrumento adecuado al efecto.

Hemos recogido algunos fragmentos de vasijas con decoración plástica en la panza, de líneas de dedadas y pellizcos sobre la pasta aún fresca, o aplicando una segunda capa de barro blando después de la primera cocción. (C. T. 108 Fig. 13). Aparece algún pezón circular, nunca oval, asociado al cuello o en los alrededores del mismo, siempre en escaso número y variadas dimensiones, soliendo guardar proporción directa con el tamaño del recipiente que los aloja, excepto en un caso en el que se disponen correlativamente a guisa decorativa. Algunos fragmentos cerámicos presentan en su interior huellas de cestería. (Lámina 6. C. T. 38). Compitiendo en

cuanto a variedad más que a número de ejemplares, siguen a estas formas de adorno cerámico, las **incisiones**, al parecer hechas sobre la pasta casi endurecida o completamente acabado el proceso de cocción y sobresaliendo los hoyuelos y uñadas por encima de cualquier otra figuración. Así como dos pedazos (C. T. S. n.) Fig. 2. con incisiones sobre la pasta seca en ruedecilla o para expresarse más gráficamente "en muelle", formando meandros y semicírculos que en ocasiones llegan a unirse partiendo de diferentes direcciones.

Hemos querido también reseñar aparte, la aparición de varios fragmentos de la misma vasija, decorados por verdugón o nervaduras verticales lisas, de sección cuidadosamente rectangular. (Figura 6. C. T. 33).

Las Formas

Salvo raras y singulares excepciones, parece existir en Cueva Tino una monótona igualdad de tamaños que vienen a ser los que comunmente llamamos medios.

Los perfiles hallados se definen categóricamente en pro de los ovoideos con fondo plano y paredes reentrantes en el área del cuello, éste, vuelto con mayor o menos pronunciamiento. Siguiéndoles en número, están los **cuencos** de paredes bien abiertas al exterior; tan solo en un caso parecen rectas o casi rectas. (C. T. 126, Lámina 13). La tónica general es ovoidea abierta, con imperceptible cuello o sin él y borde de arista semicircular, rectangular o biselada. En algún ejemplar la panza se exagera hacia el exterior. (C. T. 80, Lámina 9). Como excepciones debemos señalar la presencia de **cuenquitos** de fondo esférico, paredes finas y delicadamente espatuladas, así como alguna gran vasija, tosca de manufactura y pasta basta, que indiscriminadamente escoge uno u otro perfil de los ya reseñados. (C. T. 28a, Lámina 5).

Destacan también las **carenas**, por lo general altas, aunque ocasionalmente se observan medias; en ambos casos están bien marcadas y suelen corresponder a vasijas espatuladas y lustrosas, de paredes finas, en pastas cernidas y cuellos vueltos sin decoración patente, una de ellas parece haber estado taladrada después de la cocción con objeto de formar un agujero de suspensión. (C. T. 103, Lámina 11). Las asas no son abundantes y siempre de sección circular.

OTROS EJEMPLOS DE AJUAR

Hueso

No parece figurar en Cueva Tino una gran preferencia por la industria ósea, ya que tan solo la hemos podido localizar en los dos **punzones** (uno sobre articulación y el otro sobre hueso largo hueco, habiéndose trabajado ambos tan solo en la punta, aunque esmeradamente) y el **botón** o ¿fusayola? con perforación central sobre **plaqueta** de hueso. (Fig. 15 (132) Lámina 15).

Hemos creído distinguir otro ejemplar de plaqueta, en un hueso incinerado con un curioso corte oval, pero su estado de conservación no nos permite asignarle una clasificación definitiva pudiendo ser el resultado de una ruptura causal durante la incineración o en cualquiera de las múltiples remociones efectuadas en el hipogeo.

Piedra

Desconcertante y tan solo explicable como inusual en estas gentes como objeto votivo de enterramiento, es la aparición del clásico **diente de hoz** (lámina 15), en hoja de sílex con retoque denticulado en uno de los márgenes y sin huellas de truncatura en ninguno de los extremos. Figura 15 (131).

El pulimento de la piedra lo hallamos presente en algún canto rodado arenoso con huellas de abrasión (afiladera, ¿esmeril?). Figura 15 (130).

El resto de los objetos de este tipo se reduce a otros cantos de río posibles percutores, sin más detalle o significado a la vista.

Metal

En perfecto estado de conservación, aunque parcialmente cubierta por carbonato cálcico a consecuencia de su permanencia en superficie, apareció el **hacha plana de filo de abanico**, marcado este por bisel que lo delimita del resto de la pieza, y a pocos metros de ella, en la llamada Sala de las Incineraciones, el **punzón de doble sección, rectangular, circular**. (Fig. 15 (128)).

Objetos de adorno

En este apartado tan sólo podemos reseñar las “*nassa reticulata*” con agujeros de suspensión de no excesivamente cuidadosa factura, así como un dudoso **colgante** a partir de una defensa de jabalí cuyo estado actual puede dar lugar a confusiones, dado, que ha desaparecido la base que permitía observar la perforación.

LAS FORMAS DE ENTERRAMIENTO

El fenómeno funerario en Cueva Tino se halla definido como **colectivo** en cuanto a número de individuos inhumados; y mixto, según las modalidades de enterramiento. Con objeto de intentar obtener la mayor cantidad de conclusiones posibles sobre el ritual de enterramiento y subsidiariamente de los modos económicos de vida en Cueva Tino, efectuamos a través de los investigadores CAROLINA FUENTES Y MANUEL MEIJIDE un somero inventario de aquellos restos paleo-antropológicos que en mayor o menor grado de conservación se recogieron en la última fase de las excavaciones.

Como podrá deducirse de lo posteriormente expuesto, se repite en este grupo funerario la absoluta supremacía de individuos jóvenes adolescentes o infantes sobre el de maduros y una vez más sin rastro de personas que rebasen los cuarenta años, quedando en esta cueva también certificada el bajo nivel medio de edad. Así mismo, las piezas dentarias se observan fuertemente abrasionadas como consecuencia de una alimentación preponderante de grano o frutos duros y comidas en estado natural o con escaso grado de cocción, alimentación con indiscutible aporte vitamínico y cálcico que explicaría en gran parte la también casi absoluta ausencia de caries y la fuerte osificación de algunos de los individuos examinados.

La falta de algunos restos óseos de difícil pérdida por posteriores remociones u otras causas, parece asegurar una vez más el carácter secundario de los enterramientos y que ya nombrábamos en anteriores capítulos.

La fauna examinada, prueba la existencia de una desarrollada domesticación con prioridad de sacrificio y aprovechamiento en los ejemplares más jóvenes, el ganado caprido u ovino parece ser el

más común y no deja de extrañarnos la falta de cerdo doméstico tantas veces mostrada en otras cuevas del norte de España.

El resto de la fauna, procedente de la caza o bien de posteriores vistas a la cavidad en tiempos más modernos, al hallarse casi siempre en superficie no nos justifica su segura atribución de algún resto de gato doméstico y otros animales de difícil aprovechamiento comestible.

El carácter revuelto de los restos antropológicos no nos permite llegar a conclusiones claras en cuanto a la disposición de los cadáveres, aunque parece existir cierta predisposición por el asentamiento lateral, es decir, paralelo y cercano a las paredes naturales de la galería. Esta ubicación lateral es casi exclusivamente de las inhumaciones, ya que los huesos incinerados se distribuyen anárquicamente por todo el área del reducto. La superficialidad del estudio antropológico cuantitativo, no nos permite establecer la supremacía de una modalidad de enterramiento sobre la otra, aunque a simple vista parece predominar la incineración. El examen de las tierras, a pesar del revoltijo estratigráfico consecuencia de anteriores remociones, dejaba entrever durante la excavación, una mayor antigüedad de los individuos incinerados respecto a los de inhumación normal, ya que la base del estrato poseía mayor cantidad de huesos con trazas de fuego totales o parciales, si bien la profusa fragmentación de éstos puede dar lugar a confusiones en cuanto al número de enterramientos.

Debemos también señalar una fase intermedia dentro de las tierras en la que coexisten claramente ambas modalidades de rito funerario, para, posteriormente, —conforme se avanza a la superficie— dar paso a una mayor preponderancia de restos sin huellas de fuego; recalcando una vez más el carácter dudoso de las anteriores opiniones, a tenor del estado actual del estrato fértil de la caverna.

A excepción de dos individuos hallados en la sala de las Incineraciones durante las primeras visitas a la cavidad, los cuales según testimonio de los autores del hallazgo, presentaban una cierta disposición de asentamiento, tanto en la posición general de los huesos como en la acumulación de ofrendas, el resto de los testigos antropológicos parece corresponder a enterramientos secundarios. Esta modalidad de enterramiento "**secundario**" ha sido señalada por Jordá, como propia de pueblos con agricultura nula o escasa y rudimentaria, e incluida siempre dentro de un contexto clásico al Eneo-

litico pero con normales y frecuentes reminiscencias de las últimas fases del Neolítico español, observando que por lo general su área de dispersión viene a coincidir con la ausencia de un fenómeno megalítico claro, excepto en su delimitación cronológica, opinión que compartimos plenamente teniendo en cuenta tan solo las áreas por nosotros prospeccionadas.

El rito de inhumación secundaria resulta bastante común en todo el ámbito eneolítico español, y en ocasiones, ha sido suficientemente documentado y probado en conjuntos hipogeos que no han sufrido remociones ni interferencias posteriores al depósito de los restos (M. Tarradell: El país Valenciano del Neolítico a la Iberización, págs. 89 y 90) o el aspecto intacto de los niveles ha inducido a reseñarlo. (E. Pastor Albeola, S. Torres Carbonell: Los enterramientos Eneolíticos de la Cueva del Fronto, Salcu (Valencia). Archivo de Prehistoria Levantina vol. 11).

En general, la escasa bibliografía que hemos podido consultar coincide en este aspecto, y lo mismo en la fechación del fenómeno a partir del eneolítico inicial y su desaparición paulatina, bien entrada la Edad del Bronce. (Joaquín Pla y Emilio Junyent: Hallazgo de un vaso en la Cova dels Lladres, Pyrenae 6, 1970).

Al tiempo, no podemos dejar de señalar la ausencia de ciertos restos óseos que de manera anatómica natural deben acompañar al esqueleto y que inexplicablemente no aparecen. Lo mismo diríamos en relación con varios fragmentos de vasijas que aunque la excavación se ha efectuado exhaustivamente no nos ha sido posible hallar. El carácter tópico y coincidente de estas circunstancias señaladas, nos obliga a pensar en un ritual determinado con motivaciones que se nos escapan y cuyos paralelos actuales sería interesante buscar etnológicamente a fin de encontrar una explicación adecuada.

El carácter por decir de alguna forma "incompleto" y revuelto de los enterramientos, también ha venido siendo señalado en otros yacimientos de carácter sepulcral, tanto en la zona Norte de España por el investigador J. M. Apellaniz, (J. M. Apellaniz, Ernesto Nolte: Cuevas Sepulcrales de Vizcaya, Excavación, Estudio y Datación por C. 14, 2.ª Parte, la cueva de Gueteleuta, Munibe 1967, pág. 185, 3.ª parte, La cueva de las Pajucas (La Nestosa) como en otros lugares de la Península Ibérica (Juan Maluquer de Motes: La cueva sepulcral de Urbiola, Príncipe de Viana, n.º 88 y 89, 1962).

Parece existir pues en España, una tendencia al enterramiento múltiple en cuevas, normalmente con unas características geográficas comunes (puntos altos, cercanos a valles, dimensiones del habitáculo no exageradas, etc.) y unidad ritual que incluye, tanto el depósito normal del cadáver en decúbito supino, manera un tanto escasa (M. Laborde, J. M. Barandiarán, Tomás de Atauri y Jesús Altuna: Excavaciones en Marizulo, Urnieta. Campañas 1965-67, Munibe 1967) como más comunmente, la inhumación o incineración previa en otro punto con el posterior traslado de todos o parte de los huesos a la cueva elegida. (J. Cuadrado Ruiz: El Yacimiento Eneolítico de los Blanquizaes de Lebor, Murcia. Archivo Español de Arte y Arqueología VI).

Cronológicamente, pero aún no de forma clara, parecen poseer mayor antigüedad los enterramientos de rito crematorio sobre los de inhumación natural, sobremanera si efectuamos esta observación teniendo en cuenta el análisis cuantitativo de los yacimientos excavados hasta la fecha (J. M. Apellaniz ops. cit. Excavación y... 5.^a Parte: La Cueva Sepulcral de Txotxinkoba, Guizaburuaga. Munibe 1967). Hasta el presente, todo lo observado, en general, ha venido siendo clasificado como propio y característico del mundo Eneolítico, a pesar de las variaciones en el ajuar dependientes de los modos de vida y los antecedentes históricos siempre condicionantes, pero sin descartar su posible perduración a lo largo de la Edad del Bronce, sobre todo en aquellos pueblos de fuertes raíces costumbristas.

CRONOLOGIA

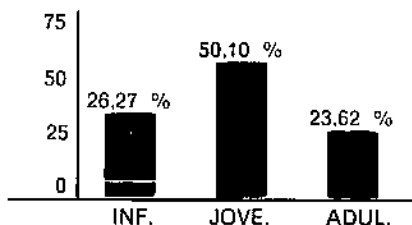
Uno de los grandes problemas que ha venido sufriendo el estudio de los diversos estadios de la Edad del Bronce en la Península Ibérica, reside en la hasta ahora casi obligada inclusión del más mínimo fenómeno representativo de este período, dentro de uno de los grandes contextos culturales inamovibles y establecidos; un ejemplo de ello, serían los términos Argárico, Atlántico, Megalítico, etc., aplicados indiscriminadamente en cuanto aparecían unas carenas, unos tipos de bronces o unas formas de enterramiento. Esta falsa generalización, señalada ya por Tarradell y otros autores, no fue nunca compartida por nosotros de manera alguna, ya que el reducido ámbito que abarcan nuestras prospecciones, así como, en

ESTADISTICA DE LOS RESTOS HUMANOS

EN BASE AL INVENTARIO DE
MANUEL MEIJIDE y CAROLINA FUENTES

SEGUN: G. ALCALDE

PIEZAS	INFANTES	JOVENES	ADULTOS	VIARIOS	N.º PIEZAS
MAXILARES	2		2		4
BOVEDA CRA.		32	9		41
SACRO	2	5			7
AXIS			1		1
VERT. DORSA.	9	6	3		18
VERT. CERVIC.	18	11	12		41
VERT. LUMBAL.	2	8	2		12
ATLAS		1	1		2
COSTILLAS	34	43	10		87
HOMOPLATO.		1			1
CLAVICULA	1	1	1		3
EXTERNON		2	1		3
PELVIS	2				2
HUMERO		5	2		7
CUBITO	3	2	3		8
RADIO	1	4	1		6
FALANGES 3. ^a	4	10	8		22
FALANGES 2. ^a			3		3
FALANGES 1. ^a	4	12	13		29
FEMUR	1	4	2		7
ROTULA		4	1		5
TIBIA	1	11	7		19
PERONE	1	8	2		11
TARSO	1	3	2		6
METARSO.	5	12	10		27
METACARP.	7	33	2		42
CALCANEOS		1	5		6
FALANGES P.	18	12	6		36
INCISIVOS	13	9	10		32
CANINOS	4	4			8
PREMOLARES.		6			6
MOLARES.	6	15	6		27
TOTAL	139	265	125	90	529
	26,275 %	50,094 %	23,629 %		



ESTADISTICA DE LOS RESTOS ANIMALES

EN BASE A INVENTARIO DE
MANUEL MEIJIDE y CAROLINA FUENTES

SEGUN: G. ALCALDE

	CONEJOS	RATA	OVEJA y CABRA	GATO	GINETA	ZORRO	PERRO	AVES	N.º PIEZAS
ROEDORES	4	1							5
RUMIANTES			9						9
CARNIVOROS				1	1	4	2		8
AVES								2	2
TOTAL	4	1	9	1	1	4	2	2	24
%									

ROEDORES:	20,83 %
RUMIANTES:	37,5 %
CARNIVOROS:	33,33 %
AVES:	8,33 %

ocasiones sus sorprendentes desaveniencias cronológicas culturales con el resto de España, nos inclinaban a creer firmemente en la existencia de núcleos de población con un patente arraigo costumbrista tradicional y variante, a tenor de la geografía y por consiguiente del modus económico que los envolvía; núcleos que recogían los "avances tecnológicos" adaptándose a sus maneras y costumbres e inclusive quizás, rechazando descubrimientos y costumbres que en otros lares caracterizarán por si solos toda una cultura.

Cueva Tino, que como decíamos al principio de esta reseña, fue estudiada en busca de los posibles enlaces de la cornisa Cantábrica con la Península, es un ejemplo más de lo que a lo largo de

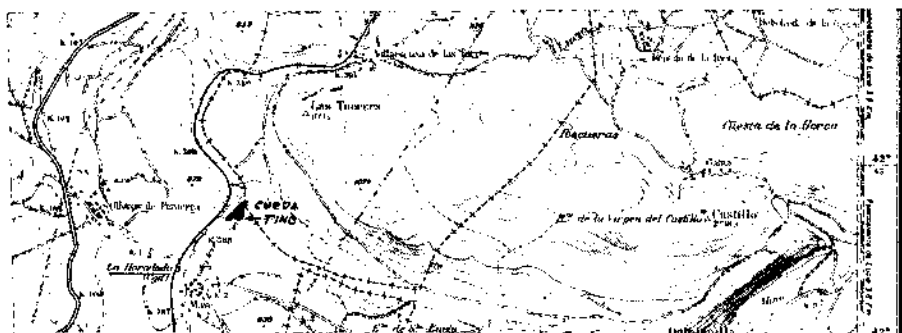


Figura 1

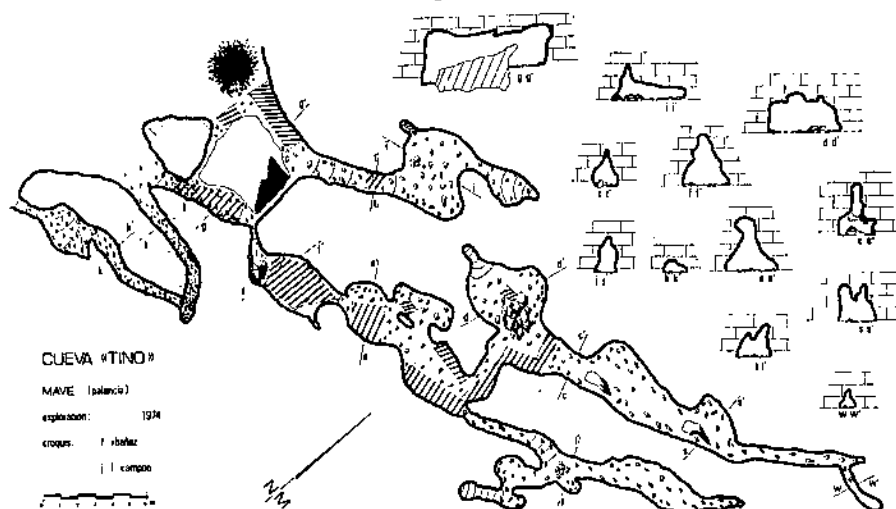


Figura 2 — Plano topográfico de Cueva Tino, las zonas rayadas corresponden a las regiones excavadas en las campañas. Topografía: G. Alcalde Crespo.

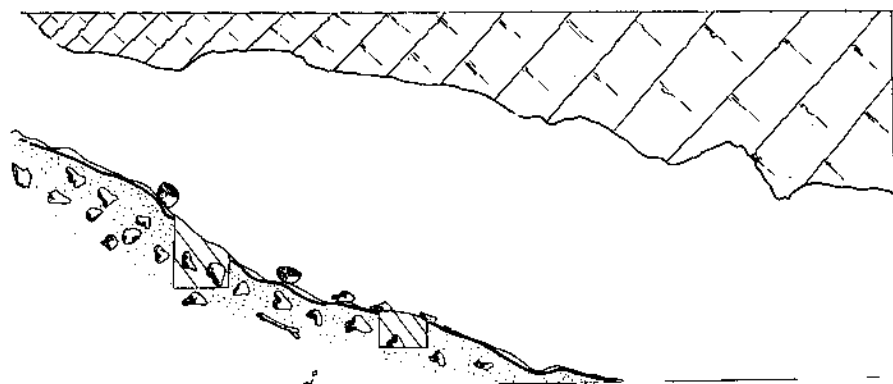
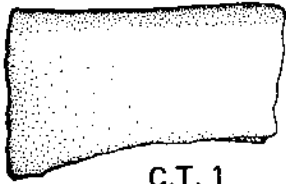


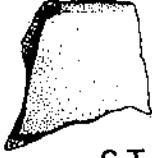
Figura 3 — Sección de la galería del cono de derrubio



C.T. 1



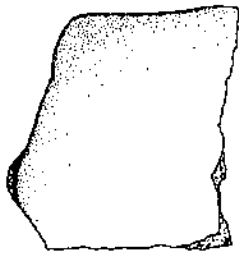
C.T. 1



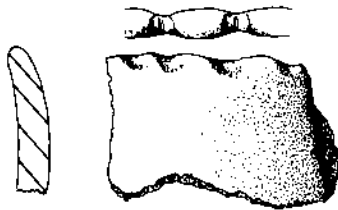
C.T. 2



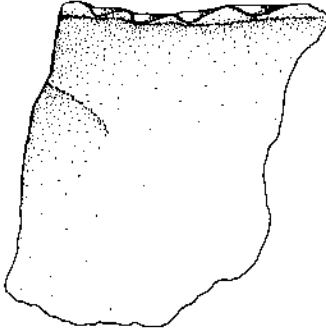
C.T. 3



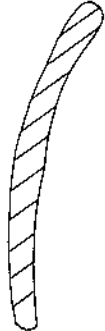
C.T. 5



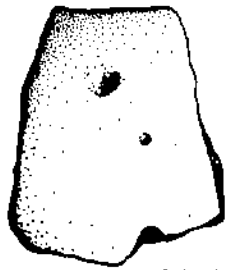
C.T. 6



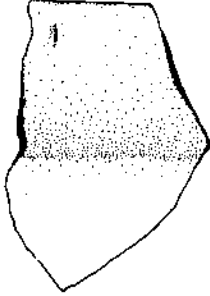
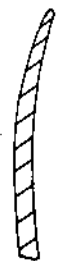
C.T. 6



C.T. 16



C.T. 19



C.T. 17



Figura 4

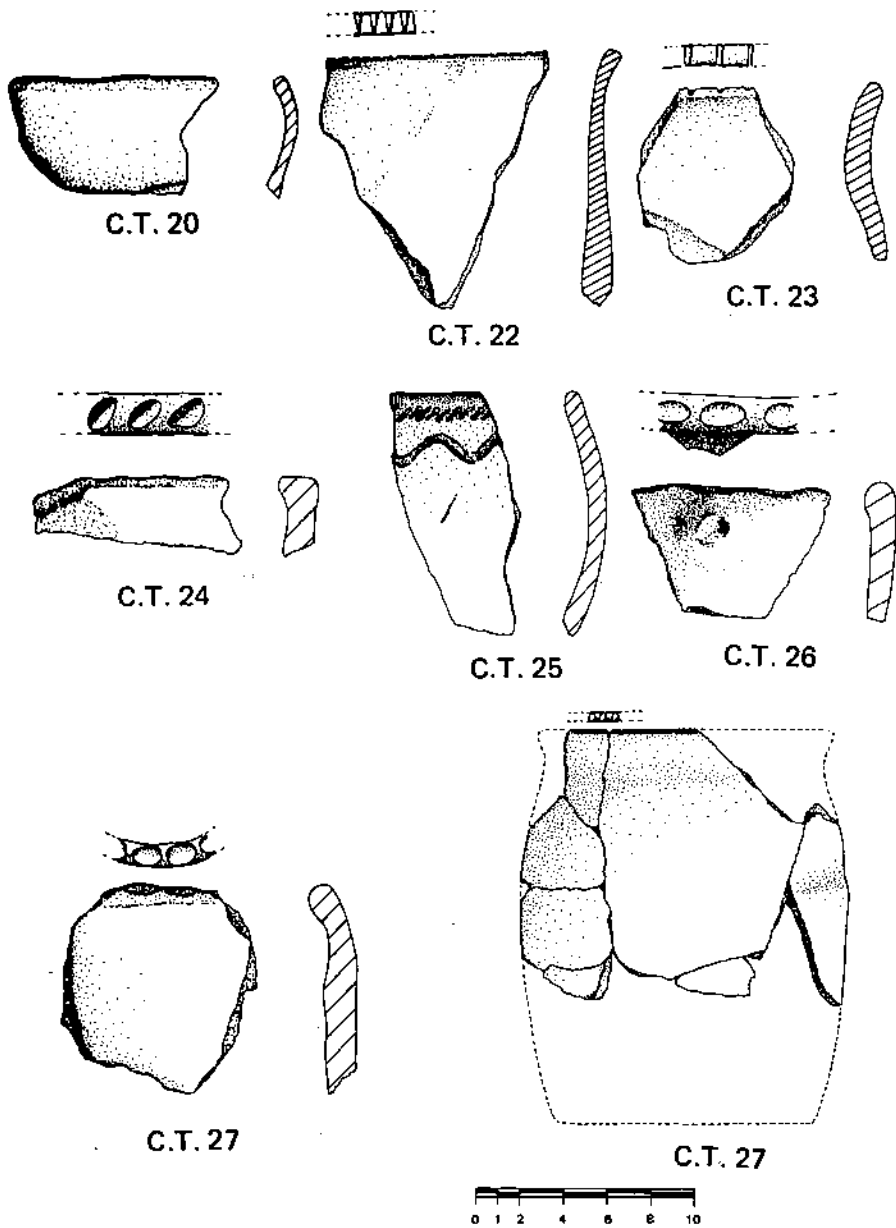
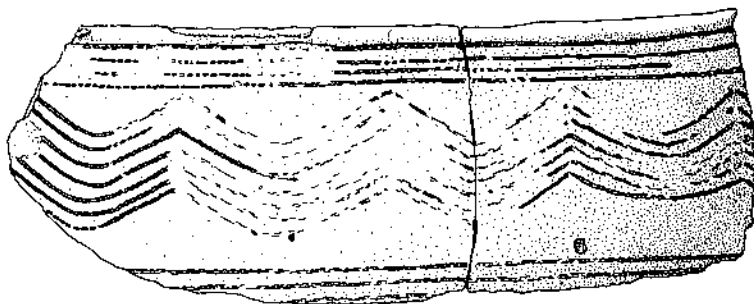
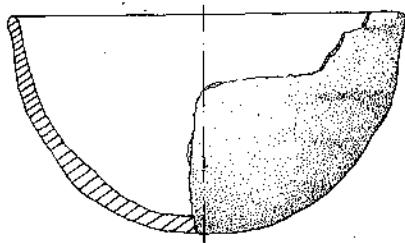


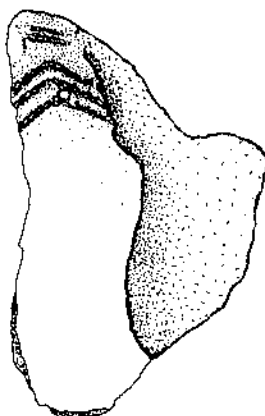
Figura 5



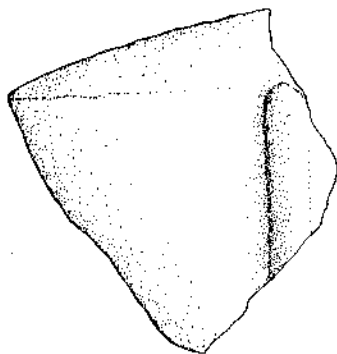
C.T. 28



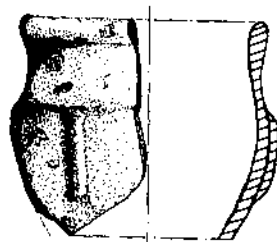
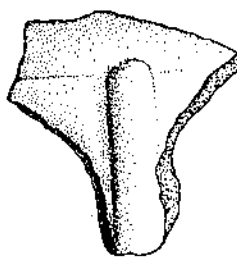
C.T. 28



C.T. 29

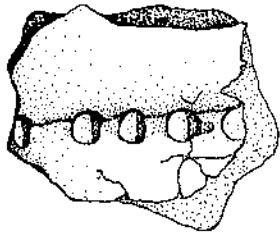


C.T. 33



C.T. 33

Figura 6



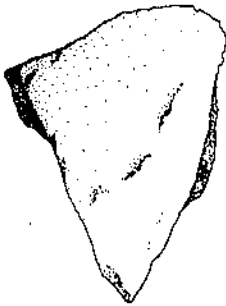
C.T. 34



C.T. 36



C.T. 37



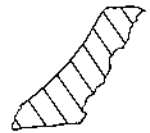
C.T. 38



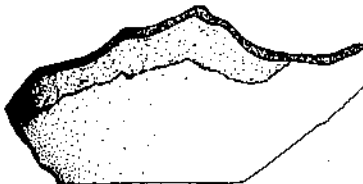
C.T. 39



C.T. 44



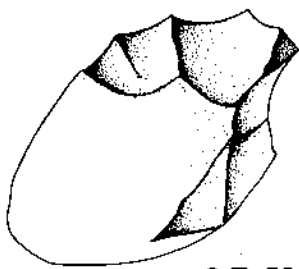
C.T. 45



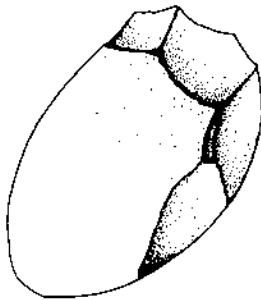
C.T. 46



Figura 7



C.T. 56



C.T. 57



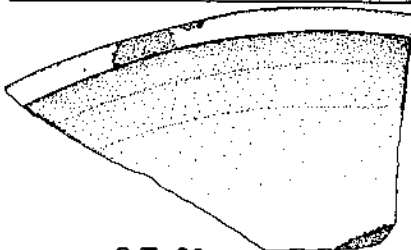
C.T. 58



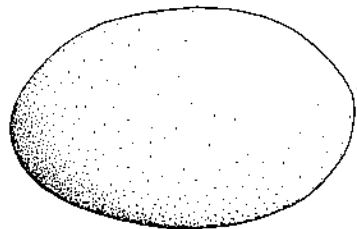
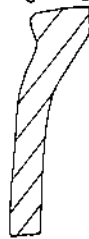
C.T. 59



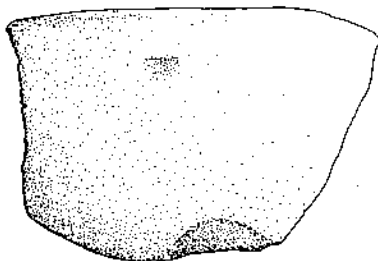
Figura 8



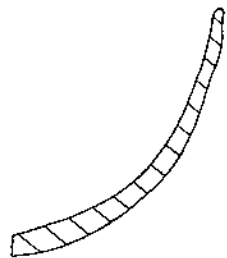
C.T. 60



C.T. 64



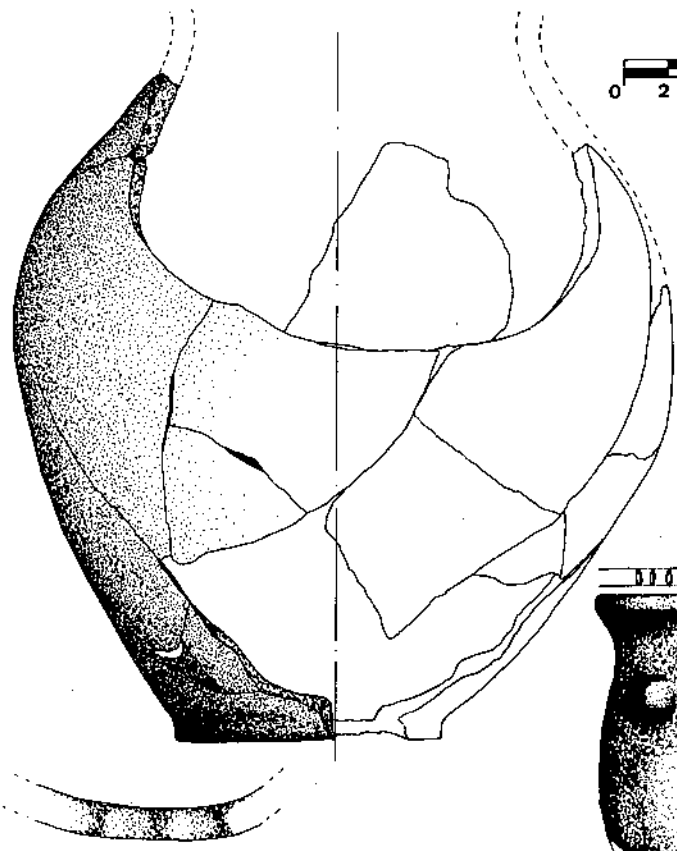
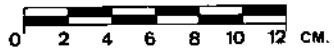
C.T. 65



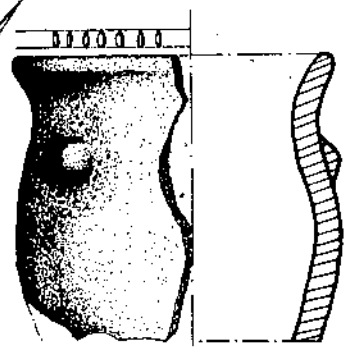
C.T. 68



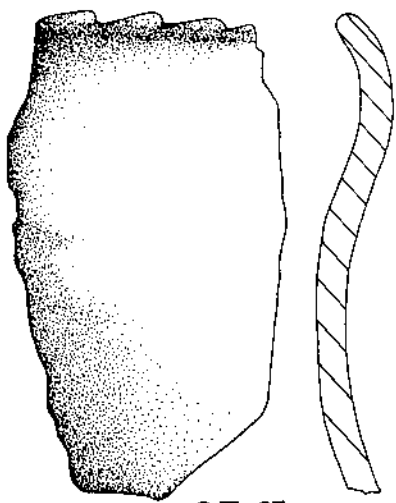
Figura 9



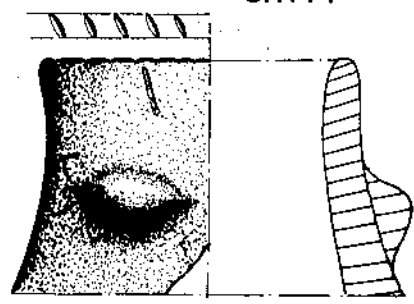
C.T. 80



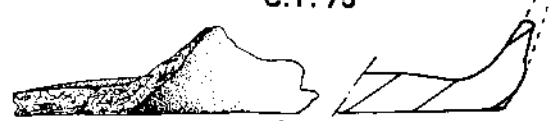
C.T. 74



C.T. 87



C.T. 75



C.T. 87

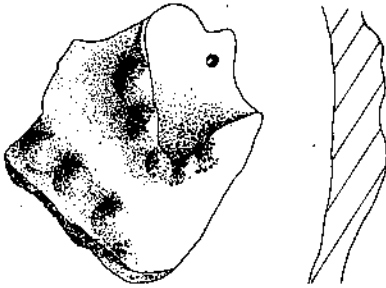
Figura 10



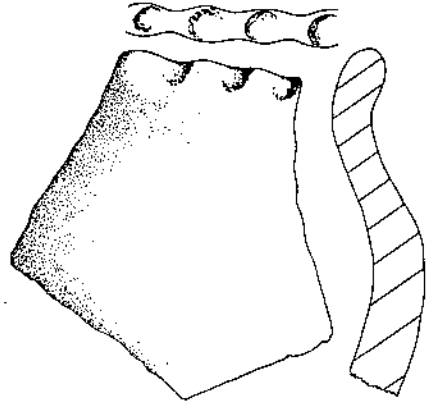
C.T. 66



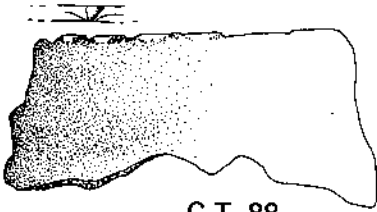
C.T. 82



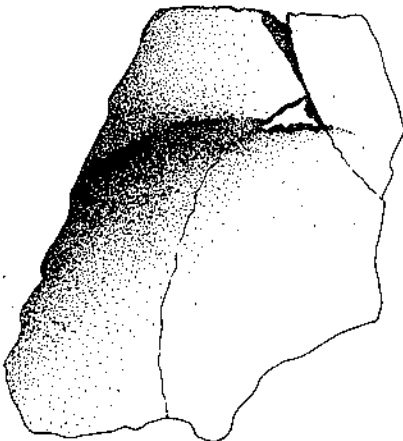
C.T. 80



C.T. 87



C.T. 88



C.T. 88

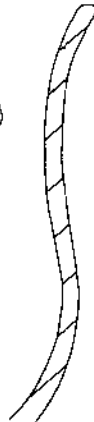
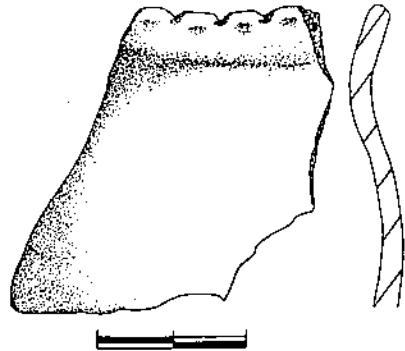
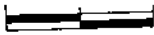
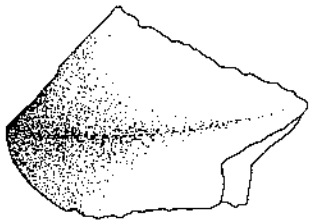


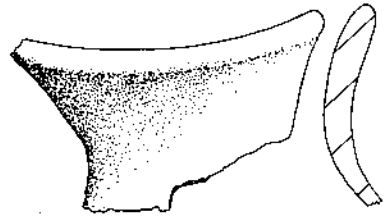
Figura 11



C.T. 88



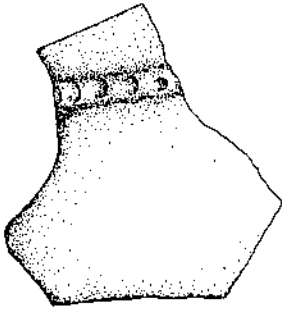
C.T. 89



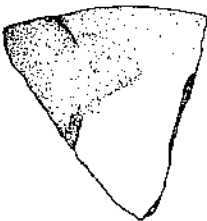
C.T. 90



C.T. 96



C.T. 92

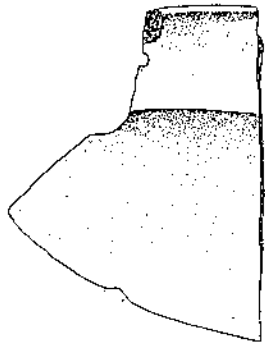


C.T. 98

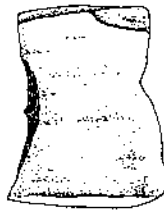
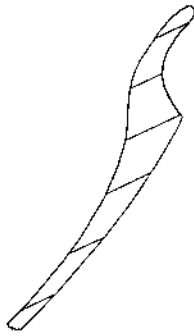


C.T. 102

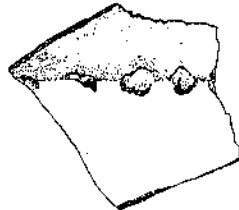
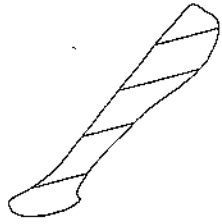
Figura 12



C.T. 103



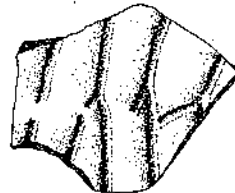
C.T. 104



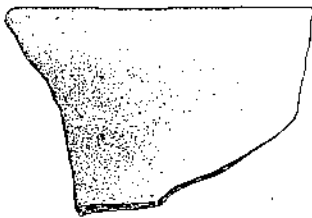
C.T. 106



C.T. 107



C.T. 108



C.T. 109



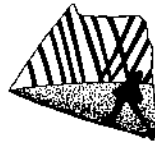
C.T. 110



C.T. 111



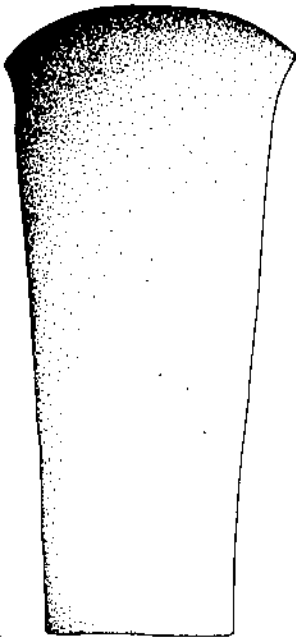
C.T. 112



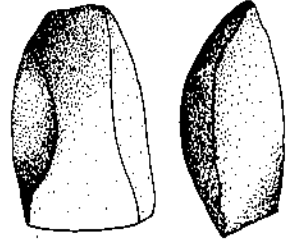
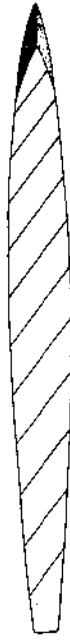
C.T. 113



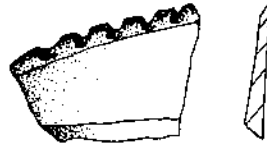
Figura 13



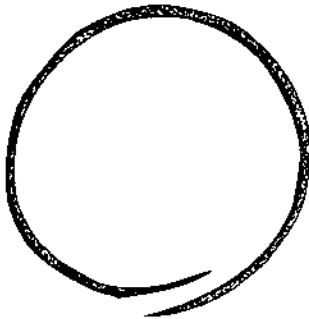
C.T. 128



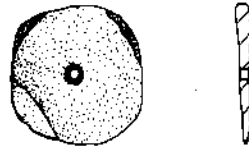
C.T. 130



C.T. 131



C.T. 129

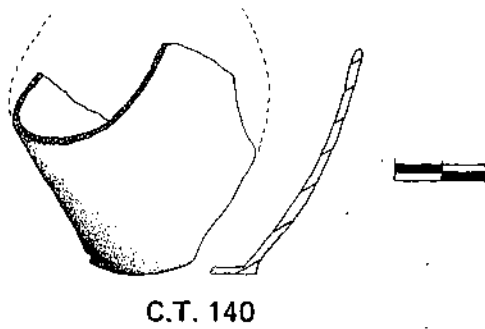
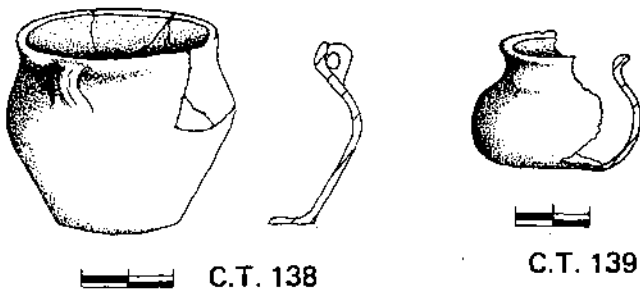
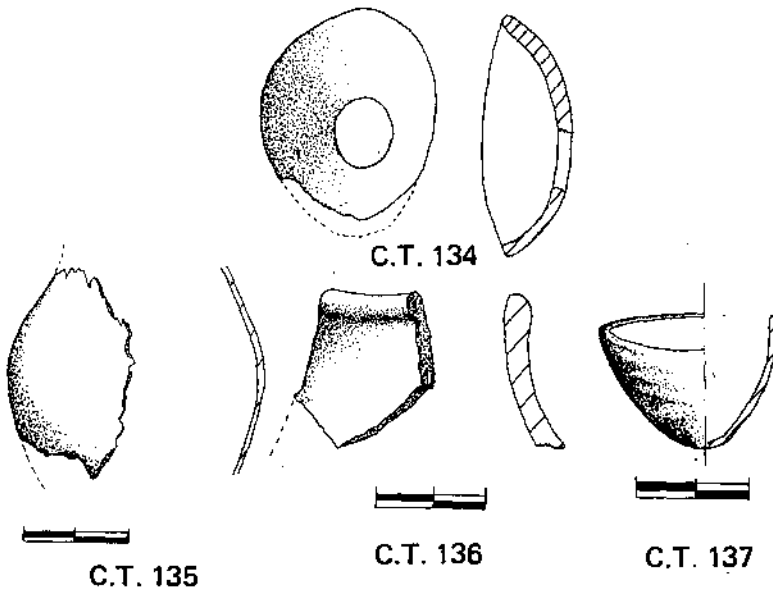


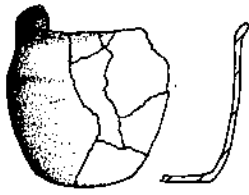
C.T. 132



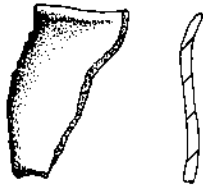
C.T. 133

Figura 15

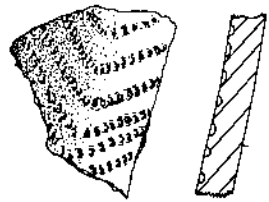




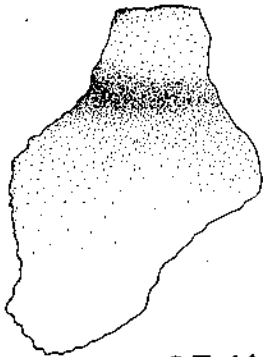
C.T. 141



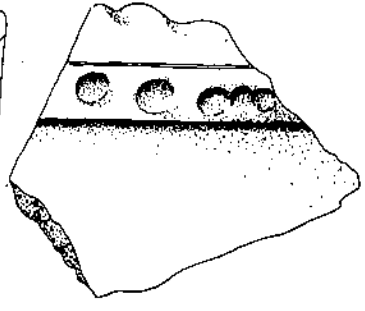
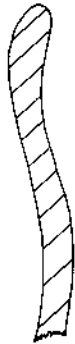
C.T. 142



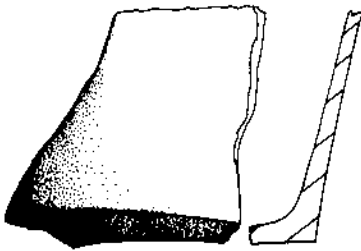
C.T. 143



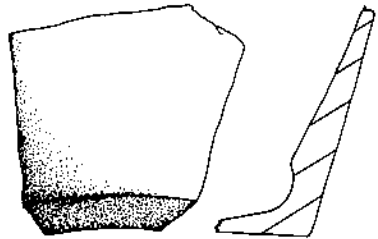
C.T. 144



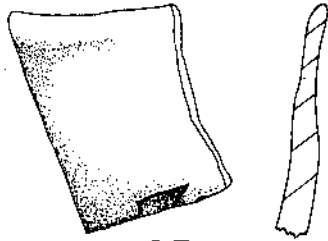
C.T. 145



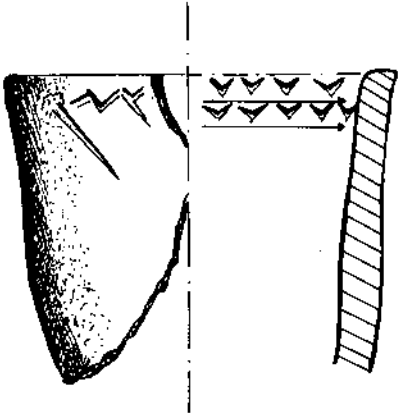
C.T. 146



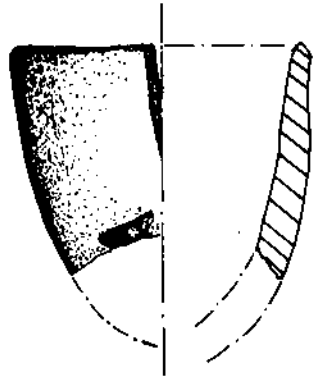
C.T. 147



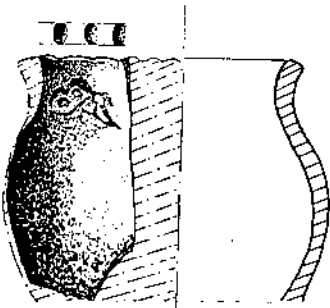
C.T. 148



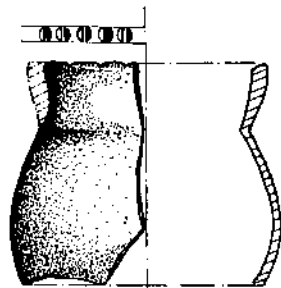
C.T. 149



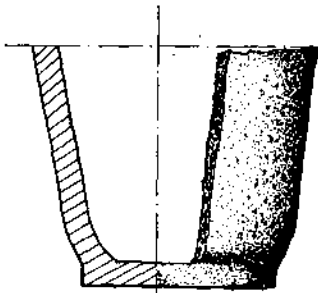
C.T. 150



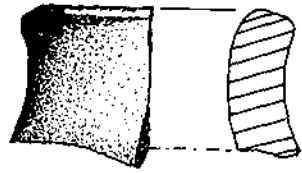
C.T. 151



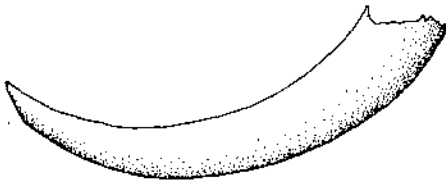
C.T. 152



C.T. 153



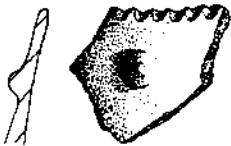
C.T. 154



C.T. 155



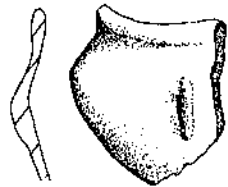
C.T. 156 56



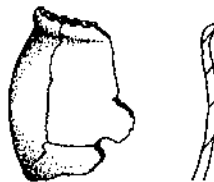
C.T. 157



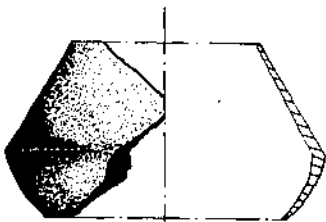
C.T. 158



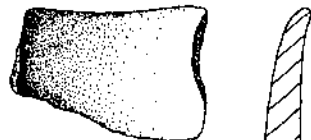
C.T. 160



C.T. 162



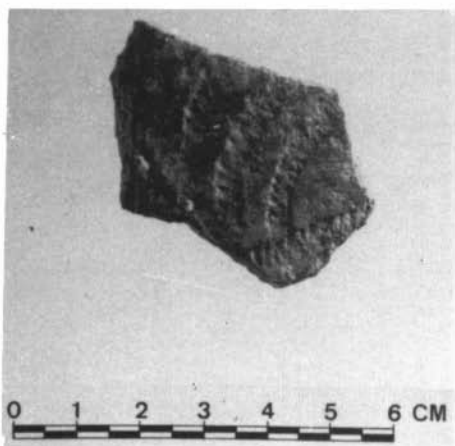
C.T. 161



C.T. 163



Lámina 1 – Situación de la cavidad en el farallón calizo



C.T. 17

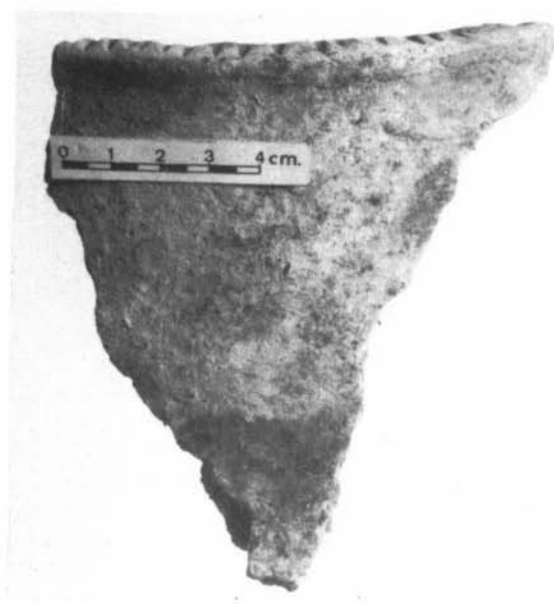
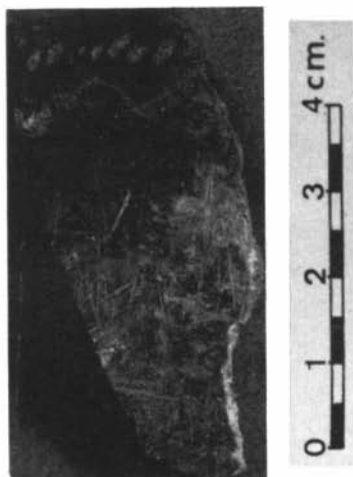


Lámina 2

C.T. 22



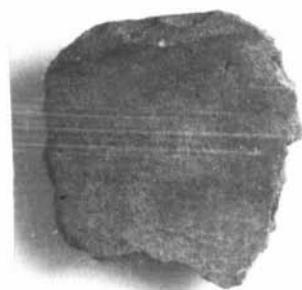
C.T.
23



C.T. 25



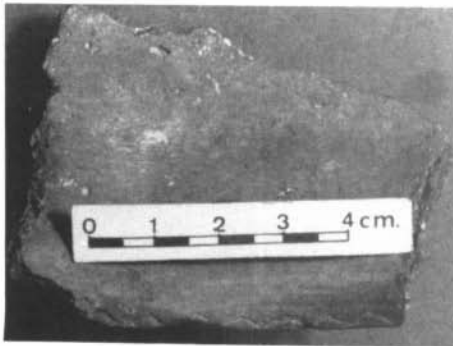
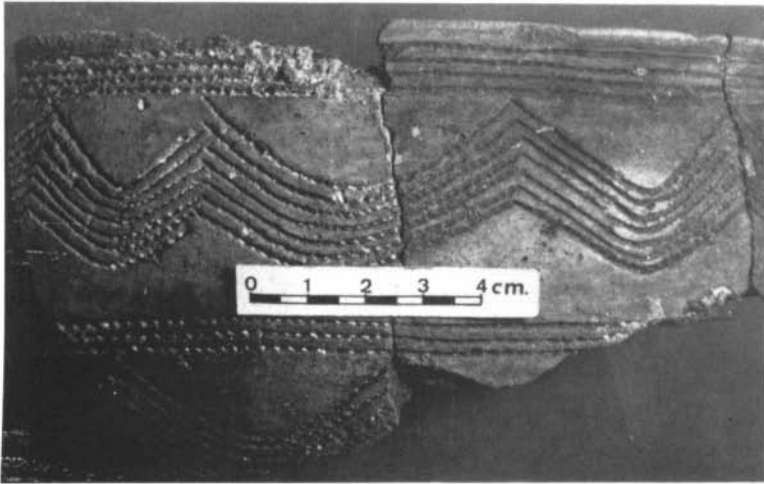
C.T. 26

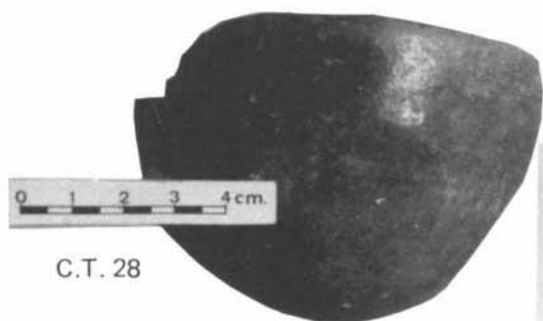


C.T. 27

Lámina 3

C.T. 27

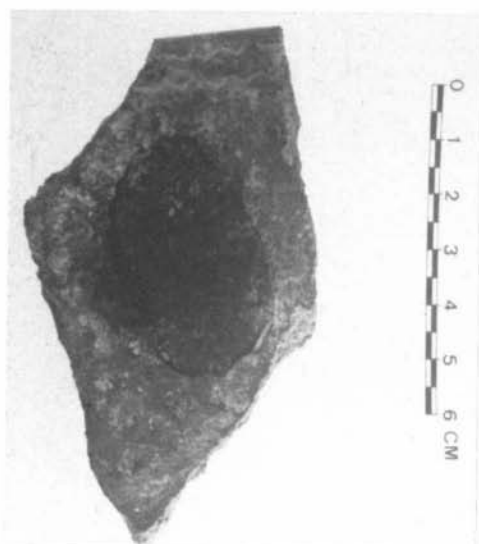




C.T. 28



C.T. 29



C.T. 30



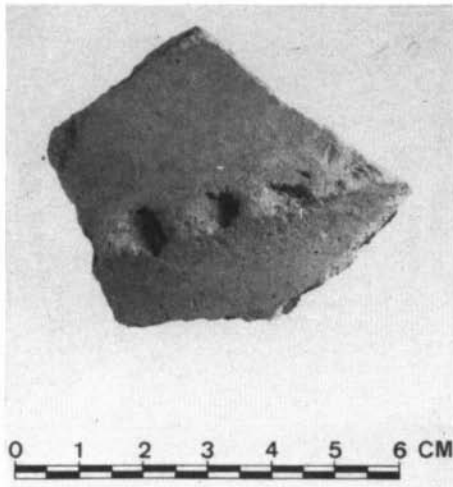
Lámina 5

C.T. 32



C.T. 33





C.T. 34



C.T. 35



C.T. 37



C.T. 38

C.T. 44

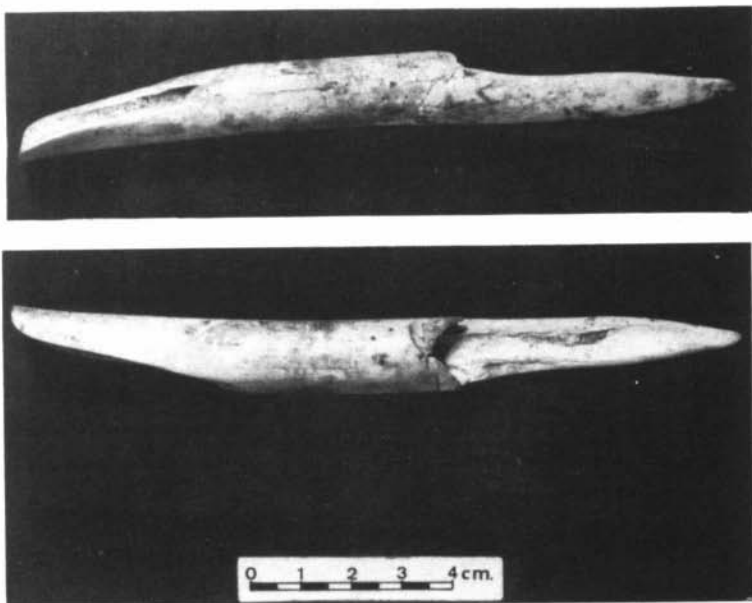


Lámina 6

C.T. 39



0 1 2 3 4 cm.



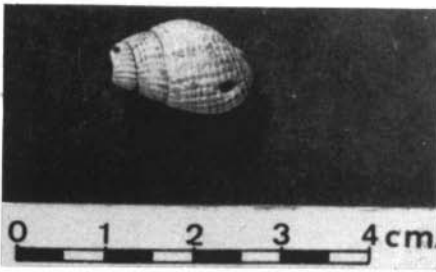
C.T. 58



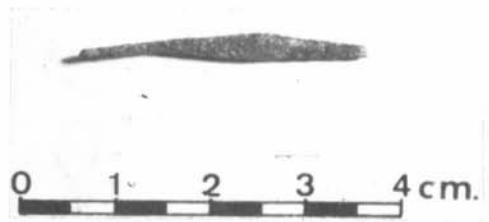
C.T. 59



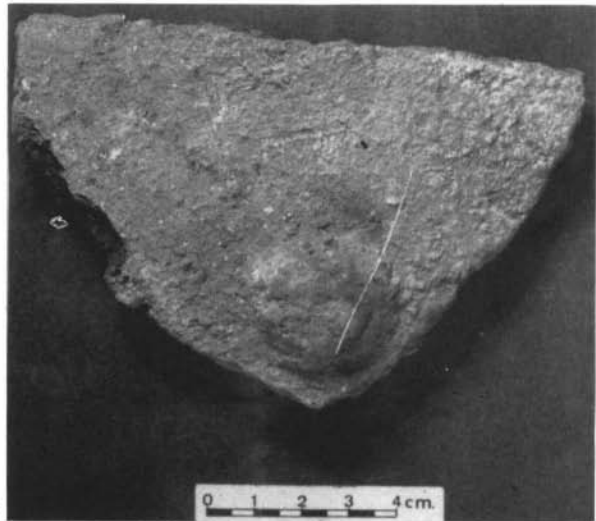
C.T. 60



C.T. 68



C.T. 73



C.T. 74



C.T. 80



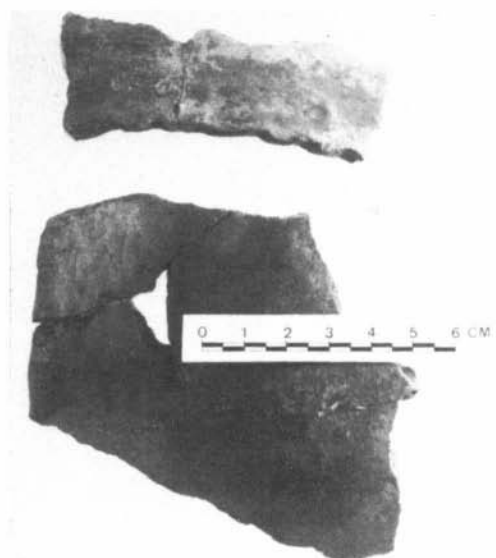
Lámina 9



C.T. 85

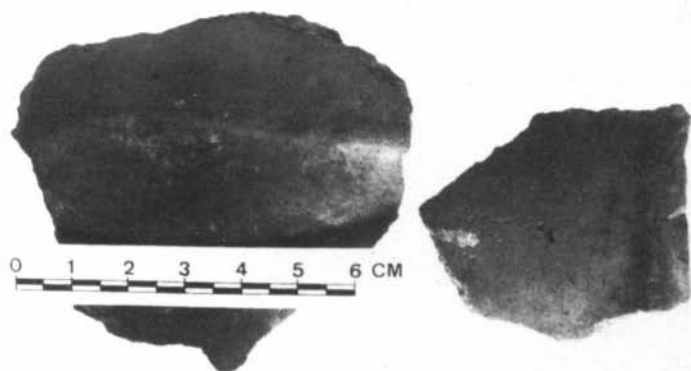


C.T. 87



C.T. 88

C.T. 89



C.T. 96

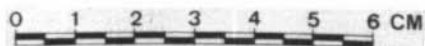
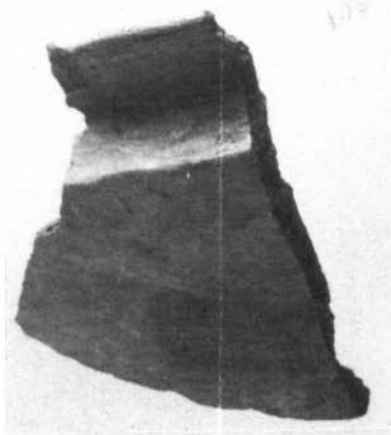
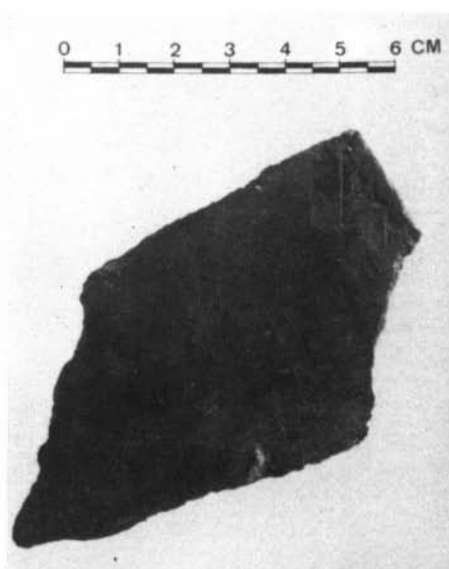


Lámina 11

C.T. 103



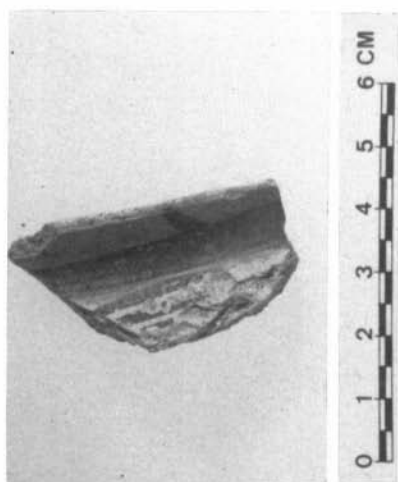
C.T. 102



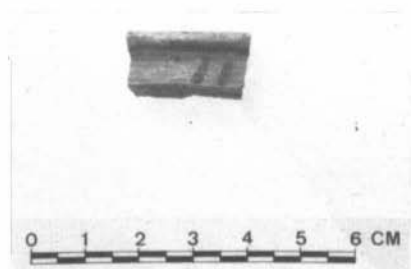
C.T. 108



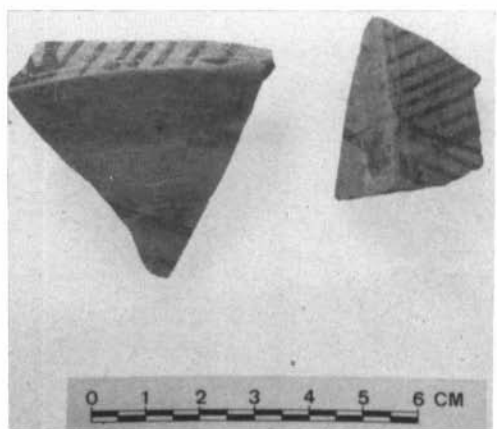
C.T. 109



C.T. 111



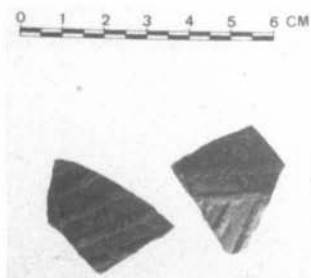
C.T. 112



C.T. 113



C.T. 114



C.T. 118

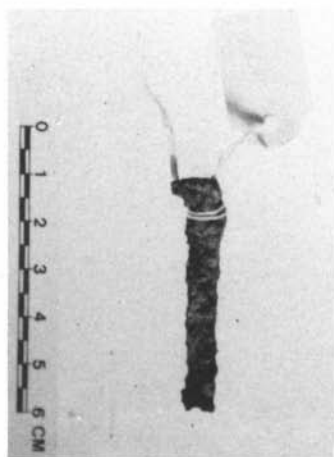


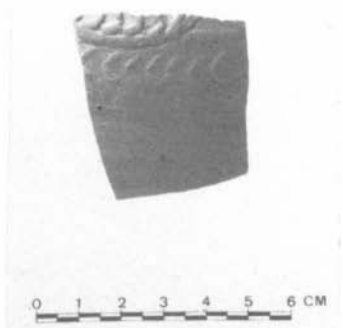
Lámina 13

C.T. 125



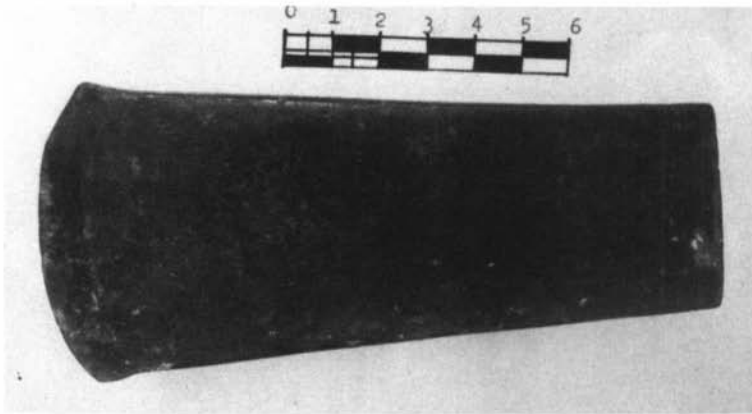
C.T. 117

C.T. 122

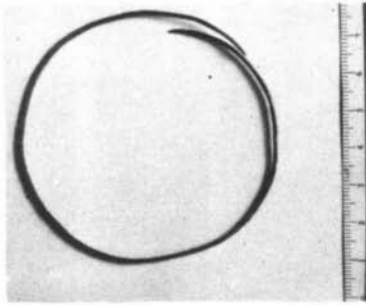


C.T. 126





C.T. 128



C.T. 129

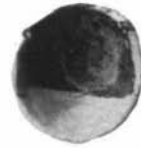


C.T. 130

C.T. 131 C.T. 132 C.T. 134



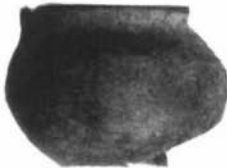
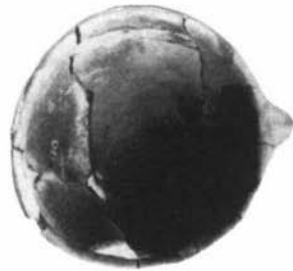
C.T. 28



C.T. 137



C.T. 138



C.T. 139



C.T. 141



Lámina 16 – Vistas de las inhumaciones superficiales (Fotos, Julio Rodríguez)

los trabajos en Santander se han venido señalando: el hallazgo de restos prehistóricos cuyas características generales resultaban sorprendentemente arcaicas respecto de su fechación cronológica o a su acompañamiento de formas tipológicas mucho más recientes. Así, aquí en la Horadada parecía existir un mundo de enterramiento colectivo en cuevas con predominio de las incineraciones y ejemplo por tanto de una civilización plenamente Eneolítica. Sin embargo, existían ciertas lagunas en cuanto a las ofrendas mobiliarias que acompañan al conjunto funerario, en su generalidad bastante más tardías, como mínimo Eneolítico Final de Transición o más bien Plena Edad del Bronce.

Las múltiples visitas efectuadas al hipogeo con anterioridad a la excavación, al haber revuelto toda secuencia estratigráfica, no nos facilitaban en nada la fijación de fases cronológicas exactas, ya que de hecho pensamos en una perduración ritual continuada a lo largo del tiempo dentro del reducto. Esta suposición se hubiese visto confirmada con el hallazgo de las excavaciones de 1976 de distintos niveles geológicos relacionados a diferentes fases culturales, pero aunque en varios puntos los sondeos estratigráficos en profundidad, ofrecían paquetes que en color y composición diferían unos de otros, todos los objetos del ajuar recolectados en la cavidad a excepción de los superficiales y modernos del área de la entrada, muestran una cierta unidad, con escasas excepciones que bien pueden ser atribuidas a la tópica perduración de formas en este estudio cultural de la Edad del Bronce. Creemos por tanto dada la ausencia de un análisis por carbono radioactivo (que a nuestro entender no resultaría del todo exacto, a no ser mediante el exámen exhaustivo de numerosas muestras) que debemos limitarnos a establecer una semblanza tipológica general por formas y otra unitaria en los casos de cierta singularidad, para al menos intentar, aproximar y datar Cueva Tino con el mundo cultural circundante.

Varias son las pruebas que nos inclinan a retrotraer los objetos mobiliarios del hipogeo funerario a épocas más recientes que las lógicas a los enterramientos comunes, a saber:

Los perfiles, en general ofrecen las siguientes características. Predominio absoluto de los ovales sobre los restos, paredes reentrantes en las proximidades del cuello en muchas de las vasijas.

La factura de los cuellos, muchos de ellos claramente vueltos. **Las carenas**, fuertemente marcadas. **Las asas** de sección circular.

Ciertas decoraciones plásticas e incisas, La existencia de metal. El diente de hoz. Los adornos.

LAS CERAMICAS

Estas, en cuanto a perfiles, como ya hemos indicado anteriormente, marcan un carácter claramente tardío, pues en las excavaciones norteñas hemos venido observando una definitiva preponderancia de los cacharros ovales de fondo plano, con paredes reentrantes que se vuelven hacia fuera en el cuello, dentro de un mundo que podía encajar en lo que normalmente se entiende por plena Edad del Bronce. Al tiempo, las pastas se tornan a facturas más cuidadas, en tierras bien cernidas con espatulados y bruñidos uniformes. El espatulado es casi general en los cacharros carenados, independientemente de que esta carena sea alta (próxima al borde, limitando la periferia del cuello) o media dividiendo el área de la panza en dos mitades sobradamente diferenciadas) y pareciendo tener mayor altura los recipientes con carenados altos que los que lo poseen cercano a su mitad, debiéndose comúnmente clasificarse estos últimos como "cazoletas".

Los bordes rectos hallados, biselados o no, en ocasiones han debido corresponder a los cuellos vueltos de los que venimos hablando, pero su actual grado de conservación o escasez de dimensiones no ha permitido por el momento otra clasificación. En aquellos casos que esta rectitud de bordes resulta clara, vemos que, por lo general, se corresponden a cuencos troncocónicos ovoides abiertos, fondo plano y escasa o nula decoración y también a pequeños vasitos de fondo esférico en el caso de la cueva que nos ocupa; la presencia de estos pequeños recipientes asociados a enterramientos colectivos o individuales de una plena Edad del Bronce la hemos visto confirmada al menos en tres cuevas santanderinas: el Aer, la Lastrilla y la Castañera. En las dos últimas acompañando al asa de sección circular y puntas de flechas de bronce con aletas y pedúnculo central muy exagerado. Asimismo, el ajuar en conjunto de Cueva Tino no anda muy alejado del correspondiente al nivel de habitación de la cueva de la Castañera antes nombrada (actualmente en estudio), nivel que se asienta directamente sobre otro que parece estar afín a un Eneolítico tardío o quizás un comienzo de la Edad del Bronce. A pesar de las similitudes del anterior párrafo no nos

atrevernos a enlazar culturalmente como pueblos afines los de Cueva Tino con los de los hipogeos de la provincia de Santander, aunque si parece encajarse dentro de una misma latitud cronológica y diferenciarse tan solo étnicamente, condicionados a los medios geográficos que los rodean.

Otros paralelos cercanos, parecen hallarse en el magnífico yacimiento de los Husos, escavado por Apellaniz, en el que se encuentra una secuencia estratigráfica que servirá con seguridad de hoy en adelante para intentar esclarecer el confuso mundo del periodo. Así, este investigador observa también el paulatino aumento de los cuellos vueltos, que comenzando en las postrimerías del Eneolítico alcanzan su máximo desarrollo durante un Bronce Medio que cronológicamente podíamos situar en lo argárico y continuado ininterrumpidamente hasta la Edad del Hierro. (J. M. Apellaniz: El grupo de los Husos. Estudios de Arqueología Alavesa).

Vamos a precisar, partiendo de los conceptos expuestos, que ciertos restos tipológicos de Cueva Tino, no parecen corresponder con seguridad a un momento cultural concreto y su excesiva latitud y perduración nos conduce indefectiblemente a no concretar la pertenencia del cúmulo funerario cavernícola a un corto momento cultural determinado, atendiéndonos más bien a fijar cierta flexibilidad en las fechas definitivas. Por ejemplo, las tantas veces nombradas cerámicas con decoraciones plásticas de verdugones impresos de hoyuelos o uñadas y cuellos de similar modo decorativo, han venido siendo señalados en ambientes y periodos absolutamente dispares que por extensos y conocidos resultaría árido relatar. Ya Bosch Gimpera afirma que existen una serie de supervivencias Eneolíticas que seguiremos encontrando hasta entrado el bronce Proto Atlántico coexistiendo con ciertas influencias Argáricas y otras procedentes de Europa Occidental (P. Boch Gimpera: La Edad del Bronce en la Península Ibérica, A.E.A. Vol. XXVII, pág. 56).

La proliferación de excavaciones con el mayor rigor científico en los últimos años, si bien no han logrado ofrecer una solución definitiva a los problemas concernientes a este confuso periodo, si han establecido, al menos y en cierto modo, algunos esquemas o apuntes de clasificación evolutiva a tenor de las disposiciones de los motivos ornamentales. Aquí en el norte por ejemplo, y gracias al magnífico yacimiento de la Cueva de los Husos (Apellaniz ops. citd.), que ha concretado todo un cúmulo de prospecciones, se ha podido

observar que la asociación de los verdugones a cuellos vueltos y a los de sección comúnmente triangular, cuando se encuentren adecuada abundancia, pertenecen ya a un mundo de Plena Edad del Bronce. Así en el yacimiento anteriormente citado y dentro de un nivel en el que por primera vez aparece campaniforme en un contexto no funerario sino de habitación, tan solo se encuentran indicios de las formas cerámicas que venimos tratando, señalándose que estas parecen la "avanzada" del gran apogeo que alcanzaran en la Plena Edad del Bronce. Como poco corrientes en estratos antiguos se consideran en los Husos las asas de sección circular (de las que tan solo se conoce un fragmento). En general donde encontramos mayores similitudes tipológicas de cueva Tino con los Husos, es a partir de la etapa conocida como Bronce II Hispánico cuyos elementos característicos, siempre en la cueva que venimos tratando, son los cuellos vueltos y las vasijas carenadas acompañando decoraciones incisas y verdugones de sección triangular que ocasionalmente llegan a formar conjuntos (Apellaniz, ops. cit.). En Cueva Tino efectivamente han aparecido algunos fragmentos de verdugones agrupados que nos hablan de una Edad del Bronce quedando así definitivamente atrás el momento Eneolítico.

Las fechaciones propuestas en los Husos, merced a sus inmediatos vecinos culturales andan paralelas alrededor del 1500 a. de C., fecha que aún le parece al autor demasiado lejana y más comparada con algunas de las que ofrecen otros lugares en el mismo área geográfica por él prospeccionada, como la cueva de Golladaerra (1760 \pm 100 a. de C.) pareciéndole mucho más aproximada la datación obtenida en la Cueva de Guerrandijo en el grupo de Santimamiñe (1140 \pm 100 a. de C.) que le coincidiera mucho más acertadamente con un Bronce tardío, Argar II (Apellaniz, ops. cit. pág. 268 y 269).

Hemos citado en este apartado de cronología los Husos en primer término, por considerarlos el yacimiento de la zona Norte más interesante en cuanto a evolución tipológica, y también por encontrarse en muy parecidas condiciones a las que tiene el yacimiento sepulcral de Cueva Tino, es decir, abierto geográficamente al Sur y cercano a las estribaciones montañosas de la cordillera. Sin embargo, también son numerosas las relaciones del yacimiento con otros lugares de la península en cuanto a su tipología mobiliar, como el nivel I de la Cámara II de la Cueva de Nerja, clasificado como

coetáneo a algún momento del Argar, hacia finales del segundo milenio, con carenas, impresiones unguiculares en relieve, decorados de incisiones, asas cilíndricas, etc. (**M. Pellicer**: Excavaciones Arqueológicas en España n.º 16, Estratigrafía prehistórica de la cueva de Nerja); en el poblado de San Antonio (Orihuela); en el poblado próximo a las laderas del Castillo en Callosa del Segura; en el de Cabezo Redondo de Villena; todos ellos clasificados como parargáricos, con vasos carenados, decoraciones incisas, verdugones, etc. (**M. Tarradell**: El País Valenciano del Neolítico a la Iberación, págs. 158, 159, 162) y sin alejarse del Sur, en otros yacimientos del Norte de España, encontramos suficientes paralelos tipológicos (**Ernesto Nolte**, Nuevos yacimientos de Vizcaya y Norte de Burgos, Munibe 1971, pág. 362. También en el Norte hemos hallado algún paralelo cerámico, aunque no excesivamente firme, en determinados sepulcros dolménicos gallegos, clasificados como Bronce medio (**Jorge Juan Eiroa**: Sobre la Edad del Bronce en el NO. de la Península Ibérica. Caesar Augusta 37-38 pág. 36. Zaragoza 1973-74). Como norma general los paralelos cerámicos encontrados para los tipos de vasijas de cueva Tino, apuntan todos hacia una fase parargárica oscilando las cronologías entre el 1600 y el 1000 a de C., oscilación lógica teniendo en cuenta la amplitud de los tipos expresados que ocupan, de forma clara, fases que comienzan en el Campaniforme y terminan casi en la Edad del Hierro, como apuntan Schüle y Pellicer (**Wilhem Schüle y M. Pellicer**: El Cerro de la Virgen de Orca, Granada. Excavaciones Arqueológicas en España n.º 46).

OTROS OBJETOS MOBILIARES

El resto del ajuar que acompaña a las cerámicas, no parece diferir de lo hasta ahora expresado; los colgantes de concha y los botones de hueso perforados son bastantes comunes a los momentos parargáricos en casi toda España (**A. del Castillo**: El Neolítico y la Iniciación de la Edad de los Metales, en la historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal), así como los dientes de hoz, aunque hemos de señalar su escasez aquí en el Norte, que parece lógica teniendo en cuenta el carácter eminentemente pastoril de los pueblos de nuestras áreas montañosas; suponiendo que el diente de hoz de Cueva Tino, revele un cierto modernismo de la totalidad del nivel. Más concretamente en cuanto a la fijación de una fecha

del período con los objetos metálicos. Según Smidth, el punzón de sección cuadrada o rectangular es una de las formas más comunes de los comienzos de la Edad de los metales en Europa y está considerado como frecuentemente en la cultura del Argar y sus extensiones; en la Coveta del Heura aparece acompañado también a cerámicas carenadas, espatuladas y brillantes y cuellos vueltos con una cronología señalada entre el 1500 y el 1200 a. de C. (**Salvador Vilaseca Anquera**: La Coveta del Heura de Uldemolina, Ampurias. XIV. 1952).

En los yacimientos del Norte, es también bastante común este tipo de punzón asociado a objetos de carácter tardío, en la provincia de Santander y concretamente en la Cueva de la Castañera (en estudio), encontramos varios fragmentos dentro de un nivel del Bronce con formas carenadas y bordes vueltos y en Guerrandijo (Vizcaya) dentro de su nivel II, fechado por el carbono 14 en 1140 ± 100 a de C. (**J. M. Apellaniz Castroviejo**: Corpus de Materiales de las Culturas Prehistóricas con Cerámica de la Población de Cavernas del País Vasco Meridional Suolemento de Munibe n.º1. San Sebastián 1973, Fig. 17, pág. 32. Confr. **J. M. Apellaniz Castroviejo**: "El Grupo de los Husos durante..." ops. cit.).

Por su parte, la pulserita de plata tampoco difiere esencialmente del conjunto, pudiendo encuadrarse dentro del Argar B, 1500-1400 a. de C. en adelante (**B. Blance**: The Argaric Bronze Age in Iberia, Revista de Guimaraes LXXIV 1966).

El hacha de bronce, plana. —ensanchándose hacia el filo y abriéndose éste en abanico, fundida en molde bivalvo y cuidadoso acabado sin huellas de rebabas procedentes de la fundición y seguramente batida—, parece corresponder también a una fase pararárica más bien reciente que arcaica, sobremanera si juzgamos la tipología de la pieza y el ajuar acompañante, dada la gran latitud de este tipo de armas, cuyo hallazgo e inclusive pruebas de su fabricación durante el Bronce final es frecuente (**Germán Dellbes de Castro**: Piezas del Bronce Final procedentes de Saldaña, Museo Arqueológico Provincial de Palencia, Sautuola I. Public. Del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander n.º XIV, pág. 151. Confr. **A. Beltrán**: Notas sobre los moldes para fundir bronce del Cabezo de Monleón, VI C.N.A. Oviedo 1959, Zaragoza 1961, págs. 149 y ss.) y filo, notablemente separado del cuerpo de la pieza, con bisel remarcado, nos siguen acercando más a una ple-

na edad del Bronce que a sus inicios, en los cuales, las hachas tipo suelen ser mucho más toscas, raramente batidas, de modo plano y tendencia a secciones rectangulares. Por tanto, la pulserita de plata y el hacha de Bronce y filo abierto en abanico pueden ajustarse al Argar B, estructurado por Beatrice Blance, siendo la segunda de las piezas muy parecida al tipo III descrito por la autora (**Beatrice Blance: Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel.** Gebr. Mann Verlag, Berlín 1971).

Hasta ahora y a tenor de lo anteriormente expuesto, no cabe duda de que nos encontramos ante un conjunto funerario atribuible a una cronología parargárica, sin embargo hemos querido dejar para el final una pieza cuya singularidad con el entorno puede provocar serias dudas en la fechación del resto. Se trata de varios fragmentos de una cazuela o cuenco (¿truncocónica?) o hemisférica cubierta por decoraciones clásicas de boquique; tan sólo justificaría su presencia en el nivel un arrastre al exterior favorecido por la pendiente del Cono de Derrubios, al igual que ha ocurrido con los restos históricos (romanos, medievales, etc.) más todos estos últimos se encontraban en lo que hemos convenido llamar nivel superficial y claramente separados de los objetos atribuibles al Bronce, junto a los cuales y concretamente al lado de uno de los punzones de huesos y un cuenquito hemisférico aparecieron los incisos de Boquique, dado lo cual no es tan fácil considerarlos como intrusos. Por otro lado, existe una tendencia actual en los estudios de este tipo cerámico a retrasarle a tiempos más lejanos que los propuestos anteriormente. En principio, el boquique junto con la cerámica excisa, asinado por Maluquer a los primeros momentos de la Edad del Hierro, lo que Cabré denominó fase Coqotas I; Maluquer estableció este horizonte basándose en sus prospecciones en el Cerro del Berrueco (Salamanca) en Acta Salmántica XVI, n.º 1 Salamanca 1958) en los alrededores del 1000 a. de C., pero separándolo de las excisas para las que estableció una cronología a partir del 700 a. de C. Sin embargo, en Sanchoreja, también en la Meseta, el Boquique, se le ofreció junto a cerámicas excisas a partir de los siglos VII a VI a. de C. Llegando a entrar en contacto con la cerámica pintada de tradición halstática (**Maluquer de Motes: El Castro de los Castillejos de Sanchoreja, Avila 1968**).

En el Cabezo de San Pedro (Blazque J. M. y otros: Las Cerámicas del Cabezo de San Pedro, Huelva Arqueológica, Huelva 1970)

y en el de la Esperanza (**Shubart H. y Garrido J. P.**: Probegrabungdem Cerro de la Esperanza en Madr... Mitt VIII, 1967) existe un nivel VI, fijado en el segundo milenio y paralelizable un corte estratigráfico en Carmona, Archivo Hispalense, 103-104, Sevilla 1960) con decoración de boquique junto a vasos de fondo plano y pezones. Todos estos yacimientos descritos vienen relacionados con la llamada fase III de Monachil (**Antonio Arribas Paleu y otros**: Excavaciones en el Poblado de la Edad del Bronce. Cerro de la Encina Monachil (Granada), Excavaciones Arqueológicas en España. n.º 81), fechada por los autores entre el 1000 y el 7000 a. de C., asegurando el asentamiento de esta Fase III por encima de otras eminentemente Argáricas.

En la Cueva de los Casares (**Ignacio Barandiarán**: La Cueva de Los Casares. Riba de Saelices (Guadalajara). Excavaciones Arqueológicas en España n.º 76). Cabre señaló la presencia de Boquique dentro del llamado Seno A. con una cronología propuesta de Bronce Inicial con posible perduración hasta el Bronce Medio, aunque debemos tener en cuenta que los autores de esta última memoria, dudan de la determinación de Cabre de incluir el Boquique en el contexto del nivel nombrado.

Molina y Pareia en sus excavaciones de la Cuesta del Negro (F. Molina González y E. Pareia López: Excavaciones en la Cuesta del Negro Purullena (Granada) Excavaciones Arqueológicas en España n.º 86), encuentran, a su vez, cerámicas apuntilladas a modo de boquique, dentro de un estrato correspondiente al bronce final y fechado alrededor del siglo X y la primera mitad del IX a. de C. y paralelizándolo con los yacimientos de la Meseta Norte que han definido esta forma de expresión cultural a partir de Cabré (J. Cabré, Excavaciones en Las Cocotas Cardoña (Ávila) I, El Poblado, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades Renedo de Esqueva (Valladolid), etc. La similitud de cultura entre el nivel de las posibilidades económicas pastoriles de las tierras altas Andaluzas. Por último, la ya nombrada singularidad del fragmento de Boquique dentro del hipogeo que estudiamos, nos llevó a consultar al profesor Dolibes De Castro, quien opinó también sobre la necesidad de trasladar el Boquique hacia el Bronce final, ya que "las últimas fechas que se harían para la Fase I de Cocotas son muy altas: 1080, 870 y otras de hacia el 1200 a. de C., lo que estaría conforme con lo asegurado por Palol de que el boquique vivió solo en cierta época,

sin sufrir el influjo Europeo de las cerámicas excisas, basándose en unos materiales de Mayorga de Campos **“pues conduciría aun a fechas mas arcaicas, probablemente enlazándolo con el Bronce Medio y fácilmente paralelo al Argar B”**. Todo ello según palabras del Profesor Delibes, al que expresamos a través de estas líneas nuestro mas profundo agradecimiento por su valiosa colaboración. En resumen, y deducido de lo anteriormente expuesto, Cueva Tino es un hipogeo funerario de carácter colectivo y al parecer con una posible latitud cronológica que abarcaría como mínimo desde un momento paralelizable al Argar B 1500-1400 a. de C. según Blance, aunque el profundo retraso cultural respecto a las cronologías observado normalmente en las tierras del Norte nos obligaría a retrotraerlo aún más calculando que no estaríamos muy alejados del 1300 y que los últimos tiempos de la cueva se adentran en el Bronce Final, explicando así la aparición de los fragmentos del Boquite, aún el estado actual de las investigaciones no nos permite asignarles una categórica filiación a los niveles de la cueva. Queremos también señalar, la relativa frecuencia de cerámicas de este estilo en niveles de cuevas clasificadas como Bronce Final, como son el de los Husos (**Apellaniz**, ops. citd.). La cueva de la Iglesia (**A. Llanos, S. Ruiz y F. Murga**: La Cueva de la Iglesia y su yacimiento arqueológico). Estudios de Arqueología Alavesa). La del **Linar** (Santander) actualmente en estudio. La cueva de los Llenes (**J. Maluquer de Motes**: La cueva de Los Llenes (Lérida), en Pirineos, Instituto de Estudios Pirenaicos A. VI n.º 1, 17-18, Zaragoza 1950) con ajuar bastante similar al de Cueva Tino y fechada como un momento tardío de la Edad del Bronce.

Los modos económicos de subsistencia serían evidentemente pastoriles y con una agricultura incipiente y rudimentaria lógica en los pueblos de áreas montañosas. El carácter colectivo de los enterramientos, no nos sirve como elemento arcaizante para llevar el yacimiento a épocas anteriores pues ya ha sido señalada la gran perduración de este tipo de ritual a lo largo de toda la Edad del Bronce. (**F. Martí, J. Monfort, J. Albert y A. José**: Un sistema de inhumación Eneolítico con materiales propios de la Edad del Bronce. Ampurias 30, pág. 190).